

FESTIVAL
DE LA
BLASFEMIA
BY DROSS



EL FESTIVAL DE LA BLASPHEMIA

DROSS

Ilustraciones de María Fernanda Tricca

,

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Acerca del autor
Créditos

*Te lo dedico a ti, lector, que
me alentaste a nunca
abandonar la escritura,
aun cuando mis videos
estaban teniendo éxito.*

*No tienes idea del orgullo que
significa que estés por leer un
libro por el que hace cien años
nos hubieran colgado de los
huevos, a mí por escribirlo
(y a ti por leerlo).*

*Esta historia está 100%
basada en
hechos reales XDddd.*



Me cago en Dios, vamos a empezar por ahí.
Me cago en mis padres, me cago en mis hermanos y en el resto de mi familia. En mi vecino y su perro, en el que pasa con el auto por la calle de enfrente. Me cago en el prójimo y además me cago en ti.

Lo siento, pero tengo que derrochar odio. Es esencial para el negocio. Te cagarías en las patas si supieras en qué ando metido. Ofrezco una pista: odiar me mantiene más cerca del infierno. Mi casa, hogar y base. *"Bienaventurados aquellos que profanan porque de ellos será el Reino de las Tinieblas. Bienaventurado aquel que repudia a Dios, porque de él serán los secretos del lado oscuro"*.

Soy un nigromante. Mi especialidad son los grandes protagonistas del mundo bajo. Más te vale creerlo porque soy bueno en lo que hago. Quizá el mejor. Soy como un fanático de esos que se sabe el nombre de todos los jugadores, de todos los equipos, de todos los capitanes, de todos los entrenadores y de todos los presidentes que tuvo el club. Que conoce el nombre de todas las canchas y se sabe al dedillo todos los partidos celebrados en todas las fechas. Así soy yo,

con una diferencia: soy más peligroso que un fanático y un *hooligan*, por bastante. Y para que lo sepas: no soy un fanático de los demás, soy un fanático de mí mismo. De mi éxito, de mi fortuna, de mis proyectos, de hacerte mierda la vida si te pones en mi camino y ¿por qué no? De cada vez que se me hinchen los huevos. Así de sencillo.

No sé si sea un efecto secundario de mi ascendente cercanía con el mundo espiritual bajo, pero hacer eso último me viene procurando más placer que pensar en sexo. Irónico que eso me vuelva más ruin y más depravado. Cuando le cago la vida a alguien me enciendo como una moto y tengo mejores orgasmos. Mis gustos sexuales se hacen progresivamente enfermos. Algunos tengo vergüenza incluso de describirlos aquí, aun reiterando que soy lo más bajo y lo peor que existe. Pero no debería; hay demonios a los que no les agrada la timidez y santurronería no convencional de los condenados, de los malditos como yo. Sí, claro, ser hipócrita es parte del manual, pero ser hipócrita de cara ante ellos no les cae bien. Créeme: los rollos semánticos y sus putos tiquis miquis también te joden en el Más Allá.

Te explico: hay un malentendido de cuatro pares de huevos respecto a cómo funciona este asunto de los pactos diabólicos. El asunto no es asegurarte una buena vida a cambio de tu alma. El asunto es la eternidad. Es invertir en tu presente para existir como rey después de la vida Allá, en el infinito de los tiempos. Esto no le parece lógico a mucha gente, pero conforme leas lo que yo he leído, veas lo que yo he visto y aprendas lo que he aprendido, te vas a dar cuenta de la cruda y muy fea verdad: el mundo, la vida, esto a lo que tú llamas "esto" no significan un pimiento. Es una cagada de mosca en el gran plano de las cosas. Lo bueno comienza Allá. La carne es solo la niñez del alma.

Es como en ese libro de magos infantil, ¿te acuerdas? ¿Cuando les ponen el Sombrero

Seleccionador que manda a los niños a Griffyn-algo o a La Panocha de tu Hermana? La vida es algo así pero bastante más compleja; lo que tú hagas te va a mandar a un lugar especial cuando te mueras. Si eres un pendejo, al cielo. Si eres objetivo, al infierno. Si fuiste tibio, te toca volver a nacer (la peor opción por mucho porque quién se aguanta este mundo de mierda dos veces).

El Sombrero Seleccionador es “ese algo” que te pone situaciones horribles en la vida una y otra vez, y se nutre de las decisiones que tomaste para sacar una conclusión. Después entras a la etapa *American Idol* donde la diferencia es que el jurado son demonios y no imbéciles. Créeme que ninguno de ellos se va a conmover si hacen que el tuétano de tu madre se derrita delante tuyo y tus lágrimas y vida se derramen sobre la cera deforme que quedó de ella.

Por cierto: ¿ves arriba, donde dije si eres pendejo vas al cielo? No estoy implicando que la gente buena, de corazón puro sea ingenuo (es un decir, no existe, ni existió jamás ser humano con un corazón puro). Tampoco estoy implicando que la gente buena vaya al cielo. Te tengo malas noticias, puto: entrar al paraíso no tiene nada que ver con ser bueno.

Vamos a ver. Al paraíso entra a quienes los ángeles elijan. No tiene nada que ver con cómo te portaste. Los que tienen “el toque” entran.

¿Qué es el toque? Simple: aquel que les caiga bien. “El toque” es algo así como lo que sientes al ver al maldito cretino con su consabida superioridad moral pero diez, cien, mil veces peor. Entra solo la gente bien parecida, atractiva. No puede entrar cualquier raza, no puede entrar gente con cualquier color de piel (no les gustan los mestizos). Escogen lo que les parece más perfecto. Es como el club más elitista del Universo. Puedes ser una mierda o peor aún: puedes ser un completo tarado, pero podrías tener “el toque” y entrar en el paraíso, un lugar lleno de almas insufribles.

Todo esto no te lo dice alguien resentido. Es así. Así

es como funciona todo.

Dato gracioso: ningún papa en la historia ha entrado nunca al cielo. Todos ellos están en el infierno (y algunos lo disfrutan mucho). El resto todavía no ha entendido el juego, por lo que siguen naciendo una y otra vez, en un esfuerzo tan idiota como demencial por entrar. Es la ruleta rusa de lo imposible. Los ángeles demandan perfección. ¿Sabes cuáles son las probabilidades de que eso suceda sin poder elegir dónde ni cómo vas a nacer? Y suicidarse para intentarlo de nuevo no es una opción, porque la objetividad y el sentido común son rasgos propios del infierno, no del bando de la calle del frente. Así que deben vivir la vida una y otra vez, mientras son ignorados o, como mucho, escupidos por aquel sitio al que dedican su vida, y aunque me asquean no puedo culpar al cielo sino a quienes lo intentan todavía, pues no han entendido el juego.

Por lo tanto, a riesgo de volver a nacer, lo ideal es hacer lo posible por entrar en el inframundo, en el infierno. Es lo que queda o, al menos, ese sentir pesimista es lo que creerías al principio, pero en el infierno no existen límites. Puedes hacerla grande.

El infierno no es un lugar malo. Pero es un lugar. Y es tan inherente al alma humana como las estupideces y la insufribilidad lo son al paraíso.

Así que antes de que continúes, haz una revisión personal con la mano en el corazón.

¿De qué lado estás?



1

Melchor se estaba preparando para el ritual. Los rituales son cosas profundas y serias; atañen a complejos existenciales inherentes a las profundidades abisales del alma. Lo de afuera carece de importancia. Sin embargo, él consideraba que vestir aquella túnica vulgar con lunas y estrellas era esencial porque influía mucho en la concentración del otro participante. No tenía nada de especial, la había creado a partir de un disfraz.

Necesitaba toda la atención de su víctima. Elías había ofrecido a su hermana a cambio de riqueza, sexo y poder. Melchor no tenía la más mínima intención de cumplir. Elías era un pendejo al cubo; para empezar, era redundante con sus deseos. La riqueza ES poder y, con el poder, se obtiene sexo. Pero si con mentiras lograba obtener un ingrediente básico para invocar al demonio Ptelehpte (ofrecer una vida humana), todo iría de perlas, porque invocar a Ptelehpte requiere también el uso de una vil mentira. Melchor se estaba convirtiendo en un invocador muy hábil.

¿Qué hacer con Elías una vez que se diera cuenta de

que todo era un engaño? Nada. Esa pregunta de por sí era una novatada; tan pronto como un imbécil perverso (pero imbécil al fin y al cabo) como Elías viera el rostro de Ptelehpte, ese problema se resolvería por sí mismo.

Melchor se giró para cerciorarse, por quinta vez, de que no se le había olvidado traer ese enorme espejo ovalado. Sacó un pañuelo de su bolsillo para secarse un poco la frente. Más temprano que tarde había aprendido que en este mundo hay ciertos oficios de riesgo: piloto de avión de combate, especialista en artefactos explosivos y nigromante. En ese orden, de menos a más. El concepto para ponerse a salvo era simple, pero eso no era un gran consuelo; acostarse con una ramera por cuya cama han pasado más genitales que el ejemplo más exagerado y no infectarse en el intento era también un concepto tan simple como solucionarlo utilizando un preservativo, pero eso no quería decir que la seguridad estaba del todo garantizada. Había riesgos y tanto en una cosa como en la otra algo podía salir mal. Se secó la frente otra vez y se cercioró del espejo, por sexta vez.

Elías llevaba en brazos a su hermanita, envuelta en un manto. La criatura lloraba. No tenía idea de lo que se le venía encima, y eso era un alivio. Su mente infante y primitiva no lo comprendería. Pero eso no quería decir mucho si un mala leche como Elías te sostenía. Era demasiado bruto. Y eso es lo que la hacía llorar.

Ese tipo de estupideces irritaban al nigromante. La imprevisibilidad de la idiotez de Elías. De su torpeza, de su tosquedad, de su maldad estúpida. Con todo y que estaba a punto de traicionarlo, Melchor lo detestaba. Eso era bueno: señal de proximidad con el aura oscura. La tolerancia no es bienvenida en el inframundo: es solo otra forma de dejar que los demás sean indeciblemente ridículos y al infierno le gusta que las cosas funcionen como un relojito alemán. Nazi de preferencia.

Ahí estaba Elías, contemplándolo ansiosamente de tal forma que incluso Melchor se sentía ultrajado como si fuera una mujer desnuda. Y era bueno. Era muy bueno; esas energías se necesitaban. Aversión, asco y enojo hacían un coctel fecal de emociones perfecto para el ritual. ¿Quién dice que un maestro Zen es únicamente aquel que se siente sabio desde la relajación? Un maestro Zen infernal sí que es una cosa digna de ver, porque en el fondo de su cabeza funciona una araña fría que saca provecho metódicamente en medio de una marea de emociones. Nuevamente, las fuerzas del infierno toman nota de estas cualidades maravillosas.

—¿Cómo se llama tu hermana, Elías?

—Teresa.

—Ya no más. Por motivos inherentes al éxito del ritual, en función al objetivo de que se complete exitosamente —*redundó, acertadamente pesimista de que Elías entendiera el significado de la palabra inherente*—, ahora quiero que a Teresa la llames “futuro pedazo de mierda”. ¿Puedes hacerlo?

—Futuro pedazo de mierda.

Melchor estaba mintiendo. No hacía falta que llamara a su hermana así. Quería sazonar un poquito las cosas. Elías no lo sospechaba. Pero en algún lugar, en algún cuándo, había una tribuna de demonios desternillándose de la risa.

El hombre escrutaba a Melchor como si este fuera a pronunciar un cántico en alguna lengua extraña. Lo esperaba ansioso, con una sonrisa que el nigromante juzgaba acertadamente como estúpida. Era otra de esas cosas que le provocaban palmearse la frente. Pero tampoco había que olvidar que son demasiado pocos los que controlan información del infierno que no esté revestida de mentiras ni pendejadas insufribles. Información real. E información real es que no tienes que hablar en algún lenguaje antiguo para invocar a ningún demonio. Semejante cosa es, de hecho, subestimarlos, porque ellos pueden entenderte en la

lengua que sea y, como ya hemos aclarado, las estupideces no son bienvenidas en el infierno, a nadie ahí le gusta perder el tiempo con danzas ridículas. Tampoco hay una oración especial que memorizar. Una vez más: la cosa no es tan fácil. La oración hay que improvisarla, aquí y ahora, en el ritual.

Melchor levantó las manos, las mangas anchas se deslizaron por sus brazos:

Maldito Dios. Maldita la puta que parió a Jesús.

Maldita su creación: el hombre y la mujer.

Me cago en Dios y me sobra mierda para todos los Santos.

Me cago en la Corte Celestial.

Me cago en Su Obra.

Elías veía a Melchor entre una mezcla de horror y confusión.

“Me cago en ti, Elías, y en tu hermana Teresa. No respeto todo lo que pudieron haber sido. Escupo sobre tu futura tumba y la de ella, sin respeto a sus vidas. Me meo sobre su existencia. Púdranse. Púdranse ambos. Los ofrezco como sacrificio”.

—Espera un minuto...

Esas fueron las últimas palabras de Elías. Al menos, lo último que su voz pronunció de manera coherente antes de que sus cuerdas vocales defecaran un gemido agrietado, seguido de un grito desesperado, que hizo juego con los chillidos desesperados de la infante.

Melchor se volteó como si fuera una máquina, bajando la cabeza. Lo podía sentir. Cuando un demonio llega, sobrecoge una sensación similar a lo que sentiría un conejo cuando sabe que hay un lobo acercándose. Sintió que las entrañas se le fruncían. De pronto, tuvo ganas de orinar.

Lo interesante es que el demonio Ptelehpte no estaba haciéndole absolutamente nada a los hermanos. Ptelehpte se había limitado a hacer acto de presencia.

Nada más. La reacción de Elías, que aplastaba a su hermana inconscientemente entre sus dedos entumecidos, se daba única sencillamente por verlo.

Aun para Melchor, era difícil contener el horror y no rechinar los dientes. No se atrevía aún a levantar la mirada al espejo, el cual le mostraría una mentira: una imagen humanoide y no la verdadera forma de Ptelehpte, que estaba más, mucho más allá de lo que la mente y la imaginación podían tolerar. Aquella era la razón por la cual a Elías se le empezaron a salir los sesos a chorros por la nariz, mientras que su hermana se convertía en poco más que una morcilla aplastada entre sus manos.

Los cuerpos cayeron hechos una amalgama desbaratada. Entre la sangre, el músculo y el tuétano mezclados era mejor dejar esa sórdida visión de grumos sangrientos malentendida. Donde antes estuvieron los hermanos ahora había una figura de aspecto mediano, con una mortaja que la cubría de la cabeza a los pies. Dentro de ella le devolvía, en algún lado de unas cuencas vacías, completamente negras, donde debían estar los ojos, la mirada a Melchor, quien lo miraba a través del espejo. Una voz imposiblemente seca le habló:

—¿No quisieras voltearte y verme, Melchor?

—No. Muchas gracias.

—¿No te da curiosidad?

Melchor cometió un error: bajó la mirada y vio, a través del espejo, el puré que habían sido los hermanos. Sintió ganas de vomitar. Pero su entrenado control mental estaba a la altura.

—Me da curiosidad —*repuso, lentamente*—, pero prefiero posponerlo.

—Algún día lo vas a tener que hacer, ¿sabes?

—Cuando ese día llegue lo miraré a los ojos, pero como espíritu. La carne es débil y su verdadero aspecto un lujo que mi humanidad no puede pagar.

Ptelehpte improvisó una sonrisa lenta que se agrandó hasta más allá de donde se suponía que

debían estar sus oídos. La faz pálida era de pronto más sonrisa que cara y, en ella, apareció una hilera de colmillos y dientes rotos y disparejos. Cuando estos se separaron, se asomaron con suavidad dos pequeñas calaveras siamesas y sanguinolentas de cabras, unidas por la deformidad, compartiendo tres ojos dorados de pupilas diminutas. De pronto, se empezó a percibir olor a carne cruda.

—Háblame, Melchor.





Melchor sonrió. Tenía que estar orgulloso de lo que había hecho en pos de no ofender al demonio, aun si debía forzar esa alegría, reproduciendo una imitación exacta al orgullo y la satisfacción. La sintonía era esencial en la invocación infernal. Era un trabajo tan delicado como sostener una antena sobre lo alto de una torre, durante una tormenta, en una posición

extraña y con un solo pie.

—Necesito mirar mis estados de cuenta.

Las pupilas imbuidas en los ojos dorados de las calaveras siamesas, tras la carne de Ptelehpte, se dilataron furiosamente.

—Muy bien.

—¿Cuánto falta para mi sitio especial? Mi palacio.

—Debes hacer mucho más si lo que quieres es un palacio. Te has ganado una casa y dos putas.

Melchor miró el suelo, defraudado.

—Una casa en el infierno...

—Y dos putas —*puntualizó el demonio*.

Hubo un instante de silencio.

—Tienes más de lo que puede decir la enorme mayoría de la horda infernal.

—No, no me conformo con ello —*se apresuró a decir*—. De ninguna manera.

Ser conformista habría sido una señal de debilidad. Ptelehpte sonrió con satisfacción. El sonido que eso producía era igual al de una puerta vieja abriéndose muy despacio. El ser infernal lo estaba probando. Quizá, de hecho, ya lo había probado tres veces antes de que Melchor siquiera alcanzara a detectarlo. Solo le quedaba desear que lo hubiera hecho bien.

—Mucho me temo que si quieres llegar a tener tu palacio y, en la cima de un pico (como recuerdo que lo habías deseado la primera vez que me lo contaste), me vas a tener que invocar recién cuando tengas noventa años, trabajando mucho más duro de lo que ya has trabajado y preferiblemente sin estar vestido como un imbécil.

Melchor no pudo evitar suspirar de un modo igual a quienes sienten que el mundo se les ha venido encima.

—Y no vas a llegar a los noventa, Melchor...

El joven nigromante parpadeó. Su pescuezo delató que había tragado saliva.

—¿Me he ganado, al menos, la manera de saber cómo obtener mis deseos más rápido?

El tiempo que tardó el ente en responder la pregunta, que no era ni muy largo pero tampoco corto, le hizo pensar que Ptelehpte lo estaba pensando...

—Sí, sí te lo has ganado.

—Mil gracias, mi señor. ¿Cómo puedo adelantar las cosas?

—¿Y quién dice que te lo voy a decir?

—Por favor, dígamelo.

—Mienta madres, Melchor.

—La puta madre, maldita mierda, me cago en Dios...

—Cágate en tus padres.

—Me cago en mi madre y en mi padre. Malditos sean.

—Bueno. Puedes adelantar mucho más rápido desde el infierno, al menos, de cara a lo que tu palacio respecta.

—En lo que a mi palacio respecta —*remedó pensativa y muy respetuosamente*—. Eso me hace pensar que hay un pero.

—Obvio. Te vas a quedar sin legiones. Las legiones solo se consiguen en vida. Vas a ser el amo de un palacio con Elías y las otras seis personas que has matado hasta ahora. Aquellos que como él, se prestaron a estas tropelías, para lavar tus pies y limpiar tu mierda por siempre. Y dos putas.

Melchor levantó el brazo para frotarse la cara.

—Es muy poco.

Se mordió el labio inferior, temiendo pedir algo. Justo cuando se dio cuenta de su error, abrió la boca, pero Ptelehpte se le adelantó:

—No nos gustan los tímidos ni los infelices.

—Perdón. ¿Hay alguna manera de llevar a cabo mi empresa? No puedo morir ahora, porque tendría un palacio sin una legión. Mientras que, en vida, el tiempo no me alcanzará jamás para construir ese palacio. Palacio que no puedo erigir en el infierno, porque mi techo ahí debe ser levantado en vida.

—Porque aquello que hagas en vida te dará refugio

en la otra —*rezó Ptelehpte, como si fuera un mandamiento.*

—Entonces, ¿qué solución hay?

—¿Solución? —*se mofó el demonio, con pesimismo—.*

Una y solo una.

Aquellas últimas palabras habían sido pronunciadas como quien nos va a dar una mala noticia y siente placer en ello. Melchor preguntó cuál, con la garganta seca.

—Debes bajar al infierno.

—No entiendo.

—¿Conoces la diferencia entre ir al infierno y bajar al infierno?

—Oh...

El joven se hallaba devastado. Ptelehpte no quería desaprovechar la oportunidad de refregárselo en la cara y, con estilo diplomático, le dijo:

—Ir es cuando mueres. Bajar es cuando abres un portal y lo atraviesas, chico.

Se mordió las comisuras de la boca, mirando al espectro en el reflejo del espejo. Lo que le acababa de plantear era una solución horrible por varias razones. A saber, una de ellas se hallaba hecho carne molida a sus pies, con un bebé asfixiado como cerecita sobre el pastel, testimonio de que un Ptelehpte era ya lo suficientemente horrible como para tener entre ceja y ceja la imposibilidad de vérselas con varios o, tal vez, muchos iguales o peores que él. El espejo no lo iba a ayudar allá. La otra era que pasear por el infierno se hallaba en esferas de poder nigromante bastante, pero bastante superiores a las que él controlaba. Melchor tenía un oficio y era muy bueno en él, pero como en todo oficio, siempre hubo genios tan inalcanzables que no vale la pena siquiera sentir celos por ellos; grandes personajes de la historia que habían logrado todo lo que él tanto deseaba y más.

Pensar en ellos no le iba a resolver el problema. Pero ayudaba a mantener el flujo infernal presente: la envidia. La ira. Si se descuidaba, Ptelehpte podía perder la paciencia y marcharse ni bien detectara que

el ambiente no era fructífero, dejándole una pésima carta de recomendación allá, donde se hallaban sus planes a futuro.

Entre pensamiento y pensamiento, no se dio cuenta de que Ptelehpte se le estaba acercando lentamente por detrás. El chico levantó los ojos, aterrado. El ánima infernal sonrió obscenamente. Pero si quisiera matarlo, lo habría hecho hace mucho. En cambio, decidió acercar su pálido, mórbido rostro desfigurado al hombro del invocador.

—Escúchame... Vamos a parar el jueguito por un minuto, ¿sí? Yo no te pondré a prueba, yo sé de sobra que tú sabes que te pongo a prueba. Francamente estoy bastante más allá de eso y estoy cansándome de arrojarte galletitas. Pero eso no quiere decir que no pueda ser compasivo. Va en serio, Melchor, tienes una casa y dos putas en un lugar donde jamás brilla el sol. Tienes más que la mayoría en el infierno. Muchos de ellos nigromantes como tú, si es que eso sirve para alimentar tu orgullo, que como buen humano de mierda que eres, seguro que sí. Regocíjate con saberlo ¿de acuerdo?

—Muchas gracias —*gimió*.

—No la cagues.

—No lo haré.

—La gloria es para los grandes, los mejores, los leones. Tú eres una mierdita anónima, pero creo que lo sabes y lo aceptas de buena gana, en el fondo...

—Claro.

—Bueno. No está nada mal si miras el lado bueno: ser la cabeza del ratón tiene sus cosas buenas. Quédate ahí y no lo jodas todo, ¿sí?

—Gracias.

Ptelehpte tocó a Melchor. Las piernas le flaquearon, toda su estructura ósea dolió de tal modo que le hizo pensar que así es como debía sentirse el cáncer de los huesos en estado terminal. Perdió el sentido de la vista, el tacto y el olfato por un par de segundos. Había sido una simple caricia de apoyo y el lado sensible que

todavía existía en Melchor se lo habría tomado de muy buen ánimo, de no ser porque en realidad el demonio no le había palmado el hombro sino el culo.

El espectro comenzó a difuminarse, dejando al joven nigromante ahí, solo, con las manos tomadas entre sí y un montón de sueños destruidos.



2

Habían transcurrido veintidós años desde que vio por última vez a Ptelehpte. Ahora era otro, empezando por lo más básico: Melchor tenía cuarenta y cuatro años (inviernos, como a él le gustaba decir).

Aparte de saber un par de cosas más sobre el oficio de nigromante (lo cual no es más que un sarcasmo antipático porque en esta oportunidad sabía de hecho mucho más), el señor, de pie exactamente en ese mismo cuarto, en ese mismo edificio abandonado en el que había estado tantos años atrás cuando joven, se hallaba vistiendo la misma túnica, en compañía de Gabriel y Elio, dos jóvenes de veintiocho y treinta años, y si había algo relevante que decir sobre ellos es que sonreían como dos cretinos y que, naturalmente, poco sabían de lo que les esperaba...

—Un minutito ¿eh, chicos? Que estoy checando un par de cosas.

Melchor se mojó los labios y siguió leyendo una Biblia sostenida al revés. En realidad tenía una revista de Condorito debajo.

Gabriel era tímido, Elio no tanto. Ambos eran tan

malos como el hambre, pero de una manera estúpida.

—¿Vamos a obtener grandes favores del diablo, Melchor?

—Así es, campeón.

Elio se metió las manos en los bolsillos y pateó uno de los viejos huesos humanos que se hallaban desperdigados por el suelo.

Por su lado Gabriel, quien andaba calladito, juraba que el sacrificio humano iba a ser Elio. Así creía haberlo planeado con el nigromante. Se frotaba las manos, nervioso.

Melchor tenía el pelo cano, barba de dos días, arrugas en la cara y un aspecto bastante acabado. No se había cortado las uñas en casi dos meses, por razones que más adelante comprenderemos. No había tenido relaciones sexuales en ninguno de esos veintidós años. La vida del nigromante es sufrida, pero tiene sus compensaciones. Es una larga inversión para el Más Allá. Los curas no cogen porque no se los "permiten", pero los nigromantes no lo hacen porque se hallan demasiado ocupados para ello, pero en primer lugar porque necesitan todas las energías que puedan reunir, incluida esa que fluye de la lujuria. El sistema del mundo bajo es mucho más efectivo: no hay ningún dios mirando que alguien cumpla las reglas. Simplemente, todo está diseñado para que, quien no las cumpla, falle.

Melchor había pensado que ya que estaría de paso por el infierno, podía aprovechar y chorrear su pasión pudenda allá. Los placeres carnales en el infierno son incomparables; esta es una verdad tan cierta como que las mejores canciones pertenecen al diablo. Poco tardó el hombre, sin embargo, en darse cuenta de que tal proyecto había sido una imbecilidad mayúscula que le hizo sentir vergüenza por sí mismo: ¿tener relaciones sexuales con su cuerpo carnal en el infierno? Lo fulminaría un infarto. Su corazón quedaría licuado. Aun siendo un hombre todavía joven, no podría resistirlo a esa edad. Esos placeres eran más seguros

siendo espíritu que carne.

Elio se estaba poniendo cada vez más ansioso y, gracias a él, Gabriel también. La ansiedad en dos hombres tan malos y estúpidos era peligrosa. Por lo que Melchor sintió necesidad de repetir una vez más:

—Debemos esperar a que sean las doce.

Ambos asintieron. La sonrisa de Gabriel era maligna.

La hora en que se realizara el ritual no tenía nada que ver con el éxito del mismo. Ya se aclaró: los detalles estúpidos son estúpidos, tal como lo es la cultura popular en sí misma, y por definición lo estúpido y lo ridículo es muy ajeno al modo en que el infierno lleva sus asuntos. Pero para Melchor las 12:00 a.m. tenía un significado especial porque era la hora en que había tratado de vender el alma de su madre por primera vez. En aquel entonces fue un novatillo, un nigromante tierno de diecisiete añitos. El ritual no funcionó; más temprano que tarde el adolescente se dio cuenta de que no podía vender el alma de nadie porque, salvo que un ser humano le otorgue potestad de su espíritu a otro, cada quien es dueño de solo un alma: la suya.

Pero ahí entraba un mundo de reglas y, con ellas, las trampas...

Melchor levantó el ojo de Pepe Cortisona para escrutarlos brevemente. Aun si ellos no sabían lo que les iba a pasar, podía adueñarse de ellos. Desde el segundo en que aceptaron involucrarse con las fuerzas del infierno para la obtención de un bien, el contrato quedó sellado y, con ello, la cláusula de derecho que tenían sobre sus espíritus. El nigromante había adquirido un derecho de embargo, que Elio y Gabriel no lo sospecharan era problema de ellos. El desconocimiento de las leyes no lo hace a uno inocente en los ojos del infierno.

Los humanos no son sino gusanos que salen de una herida infectada cerca del culo de los ángeles y los demonios, pero aun así, hay un algo microscópico

lejanamente parecido a la semejanza; los asuntos burocráticos acá no son sino una versión simplísima de cómo funcionan las cosas Allá. Melchor lo recordó y meneó la cabeza suavemente, con disgusto. En efecto, la burocracia no era un invento humano, sino que venía de más alto, lo que quería decir que el universo entero es una grandísima mierda. Amén.

Quería acabar pronto. Gabriel y Elio eran personas decididamente desagradables y, si se los dejaba vivir, probablemente llegarían más lejos todavía en el cartel. En especial, Gabriel. Elio era un bruto, lo que no estaba nada mal para sobresalir en el negocio de la noche y el bajo mundo, pero no alcanzaba para llegar a la posteridad. Ambos se habían graduado de criminales natos que habían empezado desde abajo. Y a pesar de que estaban orgullosos y llenos de sí mismos, respetaban mucho a Melchor. No solo porque lo consideraban un instrumento de poder, sino porque, a pesar de que no pertenecía a ninguna secta, era un faro de luz de ese mundo que yace debajo del submundo. Ese del que solo hablan con miedo los criminales más devotos.

Cualquier mafia, cartel u organización que se respete, en todas sus formas y tamaños, hace lo posible —y en ocasiones lo imposible— para evitar cruzarse en el camino de las sectas organizadas. Las sectas reales. No la de los tipos ridículos que se visten como putos mimos, sino las que están conformadas por doctores, abogados, ingenieros y cirujanos. Esas sectas.

De hecho, en varias ocasiones la mafia ni siquiera sabe que existen; eso es porque están mejor organizadas de lo que se organiza la mismísima mafia. El esfuerzo combinado de muchos universitarios condecorados no debe ser tomado a la ligera...

Hay algo mucho más peligroso que un criminal que sale de una favela y ese es un criminal con profesión de abogado, de arquitecto, de doctor. ¿La razón? Miles. Pero la primera y principal son al menos una diferencia de 50 a 70 puntos de cociente intelectual. Lo demás se

explica por sí solo.

Los criminales preferidos del infierno pertenecen, desde luego, a este último rango. No por el hecho de que sean más inteligentes, elegantes y en ocasiones poderosos, sino simple y llanamente porque tienen una sintonía mucho mayor con el mundo bajo, porque a menudo son criminales por gusto y placer, no por necesidad. Esa es la auténtica razón, pues del resto, al infierno todos los humanos le dan exactamente igual, desde el vagabundo hasta la reina de Inglaterra.

El reloj marcó las 12:00 a.m.

Melchor cerró la Biblia, la arrojó sobre su hombro, arremangó su túnica y juntó sus dos manos.

—¿Listos, chicos?

Ambos asintieron al unísono. Parecía una parodia infantil.

—Muy bien —*asintió*—. Ahora escuchen con atención.

Gabriel y Elio se acercaron como felinos hambrientos. Melchor correspondió con una sonrisa:

—Agárrense de las manos.

Los delincuentes se vieron entre sí con incomodidad. Melchor dedicó una breve sonrisa de complicidad a Gabriel. Esto hizo que el hampón tomara casi con brusquedad la mano de su compañero.

Melchor bajó la cabeza, haciendo una rápida medición de su propio cuerpo. Acto seguido, tomó a cada sujeto por el hombro y los separó todo lo que la longitud de sus brazos alcanzó, haciendo, además, que arquearan sus brazos en un semicírculo.

—Merezco entrar a las puertas del Gran Reino sin quedarme atorado como un imbécil.

Ambos miraron al nigromante, confundidos. Elio fue el primero y último en hablar:

—¿Qué?

Melchor cerró los ojos. Su boca dibujó un rictus cruel, horizontal y apretado. Levantó los brazos por sobre las cabezas de los criminales apretando los puños con fuerza, aguantando la respiración.

Al cabo de un rato, sus manos empezaron a temblar. Elio y Gabriel podían sentir que el ambiente se hacía progresivamente pesado y desagradable.

Lágrimas de sangre comenzaron a deslizarse a través de las hendiduras que el nigromante se había abierto con las uñas entre las líneas de las manos. Estas hicieron un breve recorrido hasta la muñeca y cayeron justo donde debían: sobre las cabezas de sus víctimas. El primero en sufrir fue Elio y, por ello, arrojó un gemido que se desfiguró en un soliloquio de altibajos inhumanos tan ásperos, que no podían hacer otra cosa que desgarrar su garganta. La cara se le convirtió en un concierto de arrugas repugnantes y lo último que vio, en consonancia con un dolor insoportable, era un espejo de lo que debía estarle pasando reflejado en Gabriel: era como si pequeñas y poderosas manos invisibles le jalaran la carne hacia todas las direcciones. El rostro de su colega estaba transformado en algo similar a un cirio de carne deritiéndose.

Lo que debían ser gritos eran tañidos similares al de una persona que tiene que vomitar pero no puede, cada vez más patético, cada vez más profundo, cada vez más fuerte, hasta que finalmente cedió; la piel se les desprendió del hueso, desgarrando la médula que los envuelve y llevando consigo cuajos de músculo que se trituraron y luego molieron producto de una fuerza maravillosa. La sangre empezó a manar a chorros como un coito gigante. Pero lo extraordinario era que esta no salpicaba el piso, sino que rodeaba las irreconocibles humanidades de ambos, inexplicablemente aún en pie, formando un tubo mágico de materia humana.

Un arco hermoso se deslizó de lado y lado, como si la sangre y la sustancia fueran terciopelo, abriendo un portal hacia un pasillo oscuro.

Melchor suspiró profundamente. El corazón le palpitaba. Se hallaba maravillado pero, sobre todo, aterrorizado. Sin embargo, ese terror era bienvenido,

pues ese lugar cuyas puertas se habían abierto demandaba respeto.

Entró con la gracilidad de un monje. Sin mancharse la túnica de sangre o algo peor. Su emoción no daba lugar a toda la reflexión y majestuosidad del momento, así que caminó y caminó. Cuando giró la cabeza para mirar atrás, la salida, iluminada por una luz blanca con forma ovalada, se hallaba tan lejana que flotaba como la llama de una vela. Era la única pista para no desorientarse en lo que pronto había dejado de ser un pasillo para convertirse en una nada llena de negrura absoluta.

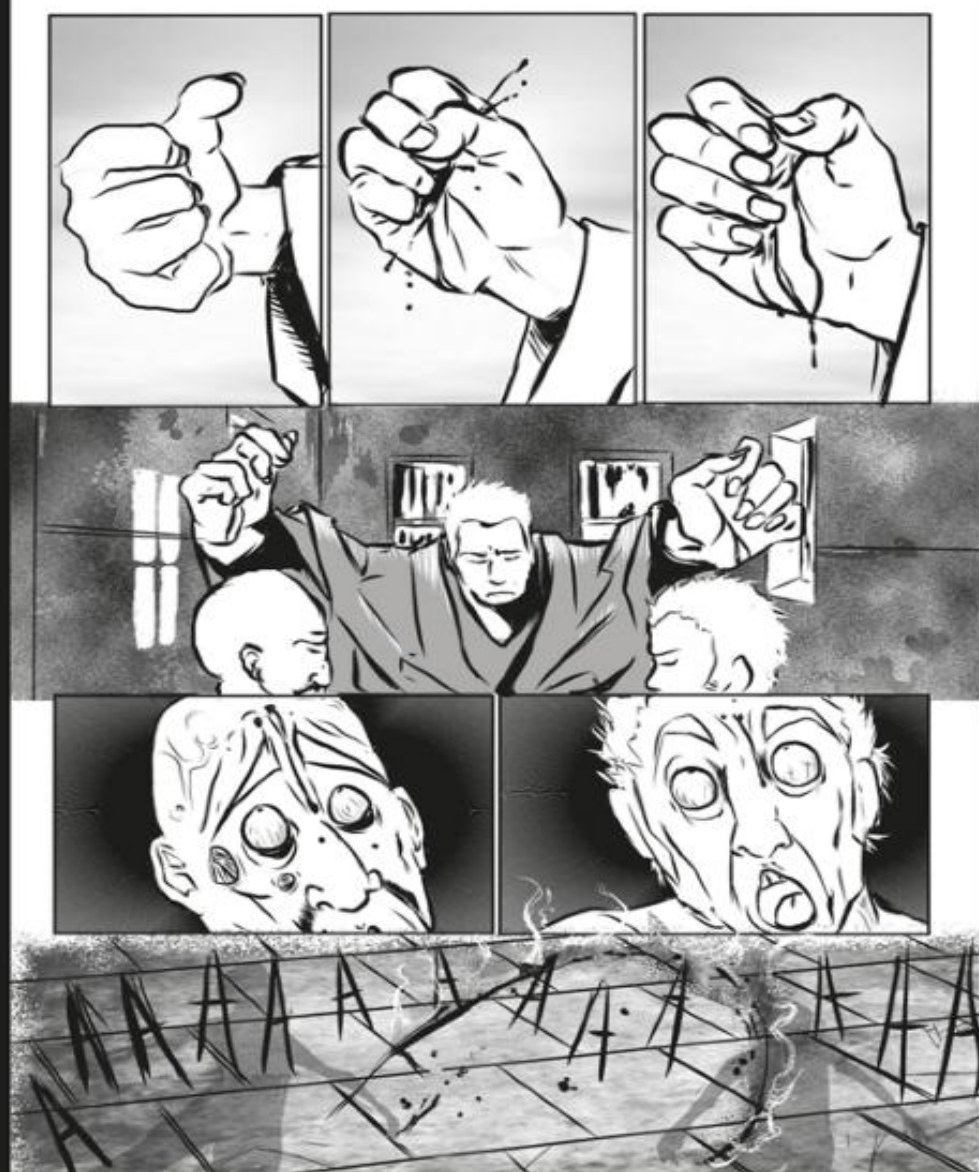
Allá a lo lejos, marcado a sus anchas por la línea de un horizonte curvado de un verde espectral, se hallaba un algo que marcó su rumbo.

Llegó hasta un pórtico mayestático: era una calavera del tamaño de una casa, con la boca abierta, rodeada por inmensos candelabros que flotaban inexplicablemente a los lados del portal, emitiendo la pálida luz espectral que había visto a lo lejos.

Era como si lo invitaran a entrar en las fauces. Melchor lo supo: su nombre se hallaba escrito elegantemente en un cartel en una esquina al pie de las escaleras negras. Era una invitación sobrenatural.

No hacía ni frío ni calor, ni había brisa. No era el limbo, era la antesala al infierno.

Echó a andar...







3

Había pasado de una nada a otra, sin embargo esta última prometía ser más interesante a cada paso. Lo primero que vio se hallaba allá a lo lejos y era imposible reconocerlo con su ojo humano, pero auguraba una estructura natural de miles de kilómetros; una montaña que parecía invisible porque quizá era tan negra como la nada del cielo, legible solo porque estaba llena de cruces ardiendo furiosamente, con desdichados crucificados en cada una de ellas. Gritaban al unísono, negados por la eternidad al consuelo de otra muerte, impedidos por siempre de descansar. El millar de gemidos llegaba a los oídos de Melchor como un suave ronroneo abisal. Parecían flotar todos como un enjambre en la oscuridad. Su corazón comenzó a acelerarse y el terror lo corrompió a cuentagotas, más por lo que pudo haber sido su propio caso que por la visión flameante y horrorosa que discernía. Aquellas almas pertenecían a todos los que creían en un dogma, llámese católico, judío o musulmán, pero que aun así robaron, aun así estafaron y aun así mataron. Todos los infelices que se persignaron antes de atracar, todos

los miserables que pidieron a un poder superior el feliz término de sus acciones dolosas. La miasma humana que dicho de modo sucinto se cagó en el rostro de Dios.

Semejante visión espantosa que alumbraba su cara suave y espectralmente habría sido predecible para cualquier simplón allá en la Tierra. Pero el hombre común no sabía algo que Melchor sí. No era que toda esa multitud estuviera condenada por haber hecho lo que en la simplísima mente humana de cada cultura se conocía al unísono como hacer el “mal”: robar, estafar, lastimar, matar, etc. Eso traía sin cuidado a los poderes superiores. Era simplemente porque toda aquella gente había intentado invocar a aquel ángel en esteroides conocido como Dios para temas de naturaleza baja: naturaleza mortal en un todo. A “Él” no le molestaba el mal como tal. Estaba demasiado ocupado para las pequeñeces de la especie terrestre. A él lo que le molestaba era que se atrevieran a implorar su parcialidad en temas tan “renacuajescos” e inferiores como todo lo que salía cuan pedito de la mente humana: amor, sueños, anhelos, metas, logros, felicidad, tristeza y un despreciable y suspirante etcétera con giro de ojos incluido. Así que, en su opinión, lo mejor que se podía hacer con todos esos millones que habían pecado sin tener idea de ello era apretarlos como basura en La Montaña Negra o tirarlos como mocos en un cesto de basura milenario destinado específicamente a ello. Los que no habían ofendido al paraíso de algún modo eran los que habían hecho el trámite sobrenatural de entregar su alma al infierno, e incluso ellos podían ofender a los poderes del mundo bajo y tener reservada otro tipo de tortura (peor) en algún otro lugar en ese mismo territorio. Los que se salvaban de un final tenebroso, tanto de un lado como del otro, eran una minoría tan paupérrima que era insignificante. Aquel era el caso de Melchor (hasta

ahora).

Finalmente, el camino lo llevó a un pueblo o al menos él juzgó que era un pueblo por la forma en que se arrejuntaban esas largas estructuras de piedra con ventanas. Estaban perfectamente talladas en cuatro lados con bordes tan agudos que eran afilados. Kilómetros encima se podía ver, como si fuera un pictograma con miles y miles de puntos, la masacre a carne viva de los condenados envueltos en una llama larga, que bailaba suavemente bajo la noche eterna.

Del centro del pueblo emanaba una luz espectral, suave y verdosa. Única fuente de iluminación que bañaba el lugar con un aura que parpadeaba lentamente. Melchor supo entonces que ahí debía ir. Se internó en el pueblo, con una sombra muy larga y sobrenatural tras sí, buscando los pasillos más anchos entre los edificios de piedra, porque podía sentir que había gente sentada en la oscuridad. Almas desnudas, flacas como la esperanza en un país de mierda, con cabezas calvas y tan grandes en proporción a su miserable cuerpo de costillas marcadas que parecían deformes. Incluso extraterrestres. No hacían nada ante la presencia del nigromante, más que mirarlo con ojos hundidos y oscuros. Eran pocos, pero Melchor los miró con cautela.

En el centro del pueblo había una plaza y, en medio de la plaza, un hombre gordo, que levantó sus brazos al verlo.

—Ven aquí, infeliz.

El miedo se sintió como una saeta, pero aunque la carcajada que vino poco después tenía tintes malignos lo ayudó a relajarse, porque la reconocía.

Melchor movió los labios suavemente, con miedo a equivocarse.

—¿Erasmo?

El gordo sonrió de oreja a oreja complacido con el miedo de Melchor.

—Sí, puto —aulló—. Acércate, que no muerdo. Podría, pero no lo haré...

Lo alcanzó con sus brazos gitanos y lo atrajo hacia sí. Melchor sintió un pecho enorme y flácido contra el suyo.

—No está nada mal, ¿verdad, pendejo? —*rugió, separándose para mostrar sus túnicas anchas, elegantes y doradas*—. A ver si piensas que puedes hacerlo mejor que tu maestro. Ese pelotudo que se infartó y se murió comiendo.

—Dios mío, Erasmo —*gimió*.

—Eso, eso. Usa su nombre en vano. Dime: ¿te reíste de mí? ¿Te burlaste en mi sepelio, Melchor?

—Sí.

—Magnífico.

Golpeó dos veces la espalda del visitante con la palma de la mano y, tomando el borde de su túnica para no tropezar con ella, empezó a caminar.





—Las cosas han cambiado desde que moriste.

—¿Acaso te pedí que me dijeras algo de lo que sucede allá?

—No, pero tu hija...

—Que se pudra —*interrumpió*.

El gordo arrugó la cara y meneó su calva cabeza.

—Allá ella. Aquí es aquí y allá es allá. Y hay

demasiado de mí como para que quede espacio para nadie más.

—Sí, pero Erasmo, ella podría acabar allá arriba, en esa montaña...

El gitano se encogió de hombros y sacó el labio inferior.

—No es conmigo —replicó.

—¿Qué se siente estar muerto?

—Mejor —*sentenció a secas*—. Cuando Dios creó a la gente era todavía un artista amateur. Aquí no hay cirrosis, no hay gonorrea y no hay diarrea.

—A ti solo te preocupan las que tienen dos “r”, ¿verdad?

—Preocupaban.

Le hizo una seña para que lo siguiera y subieron unos escalones que los llevó rumbo a un largo y claustrofóbico camino entre altísimas estructuras de roca.

—Tengo siete putas, atadas a mí *per secula seculorum*.¹ Una por cada día de la semana, ¿qué te parece?

—¿Sus almas te aceptan de buena gana como su amo?

—¡Claro que no! Si así fuera, no tendría gracia. El buen sexo consiste en uno sufriendo y el otro gozando.

Melchor parpadeó deslumbrado. Su maestro había sido uno de los hombres más repugnantes (e interesantes) que había conocido. Esas anteriores características eran usuales en él, en grados tales que una provocaba embelesamiento y, la otra, aversión. Pero él había sido un nigromante y reprocharle semejantes cosas era como pedirle a un escorpión que no fuera a veces un animal hijo de puta.

—Me parece increíble.

—No has visto nada.

—Lo imagino. Pero a decir verdad, estaba pensando en tu hijo. Es un “buen” hombre, ¿sabías?

—¿Quién?

—¡Tu hijo, Erasmo, por Dios!

El maestro sonrió de oreja a oreja, girando su enorme cara para contemplar al alumno con un dejo de malicia achinada.

—Te estás amariconando mucho, ¿lo sabías?

—Se llama madurez —*replicó Melchor, con dignidad*—. Además, no estoy implicando nada más que irritación por tu mala memoria, no por tus dotes como padre.

Erasmus meneó la cabeza como si hubiera percibido algo podrido.

—Ese chico era un imbécil. Dora, la Exploradora. ¿Tú te acuerdas? La veía a cada rato.

—Supongo que es normal cuando se tiene cinco años, bastardo vil.

—Es un idiota —*fulminó, moviendo la mano como si estuviera espantando a un murciélago*—. Yo le cambiaba el canal y lo ponía a ver Discovery Health, ¿sabes? Se acostaba llorando.

Melchor meneó la cabeza, mirándolo como un adulto miraría a un adolescente irresponsable.

—Ponían a veces cosas tan feas que le daban pesadillas. Se movía en la cama, ¿sabes? Así.

Torció la cara y movió la cabeza rápidamente de un lado a otro, haciendo una imitación muda y mala de un ataque de epilepsia justo antes de echarse a reír.

—Y para poner la cerecita sobre el pastel, ¿sabes qué habría hecho ahora, de estar vivo?

—Sí, echarte uno.

—Bien grande y bien sonoro, como lo hacía cada vez que te pedía que me hablaras de tus anhelos y tus sueños —*sorbió saliva, riendo, y mostró los dientes en una sonrisa obscena*.

—¿Y por qué no lo haces?

El gitano percibió la curiosidad de Melchor y empezó a girar la mano sobre su voluminoso estómago, explicando:

—No pasa nada acá adentro. Soy un recipiente vacío.

—¿Entonces por qué sigues siendo gordo?

Se echó a reír de nuevo.

—Soy lo que ves porque de alguna manera me tienes que reconocer acá, tarado. Pero sí, puedo ser lo que yo quiera. Es otra de las comodidades que me gané.

El nigromante más joven meneó la cabeza, su frente se hallaba roja, estaba sinceramente impresionado.

—Es maravilloso. Maravilloso —insistió—. No puedo imaginarte como un tipo atractivo, fuera de tu horrible aspecto.

Erasmus enarcó una ceja, ofendido.

—¿Un tipo atractivo? Mojigato.

Mojigato era el tipo de insulto que Erasmus decía en serio.

—Suelo convertirme en un burro —reveló, con orgullo—. Uno de ojos rojos.

A Melchor se le fueron las ganas de reír tan súbitamente como habían empezado.

—También estoy impresionado de este lugar...

—Ya me parecía curioso que no hicieras ningún comentario respecto a eso —repuso—. Eres un nigromante. Te hacías una idea, al menos de la antesala del infierno. Pero tu destino no está predestinado a este nivel. ¿Sabes a dónde vas?

La figura en las sombras más alta y delgada de ambas se rascó la nariz y guardó silencio, como reconociendo, de manera infantil, su propia insignificancia.

—Supongo que a Ptelehpte le gustaría hablarme.

Erasmus lo miró en silencio. Su cara fue de seriedad por primera vez. Melchor contestó al gesto mirando al frente, con terror y dignidad mezcladas.

—¿Has venido aquí a morir como un imbécil?

—No —contestó Melchor, con desagrado.

—Porque aquí no van a disfrazar su aspecto real, ¿sabes, verdad?

—Me preparé para ello.

—Y hay cosas mucho, mucho peores que Ptelehpte. Y no en los niveles más profundos, como supongo

debes sospechar, sino en cualquier lado. Ptelehpte es un pobre diablo.

—¿Qué hiciste tú? ¿Qué hiciste la primera vez que los viste?

—Esa es una pregunta curiosa porque lo que hice tiene poco que ver con una acción premeditada y mucho con lo que puede seguir experimentando uno después de muerto —explicó—. Me cagué de miedo. Pero pude tolerarlo en vida valiéndome del truco que te enseñé y puedo tolerarlos directamente ahora que estoy muerto.

El alma maldita asintió con el ceño fruncido y el labio inferior a medio salir.

—Pero eso no quiere decir que quiera volver a verlos —*repuso*—. Cuando te dé tiempo de reflexionar en su infinita espantosidad, te hallarás perturbado, preguntándote cómo la biología del universo pudo haber configurado cosas como ellos.

—¿Era cierto lo que tú decías, Erasmo? ¿Eran ciertas tus sospechas? ¿Tu teoría?

Melchor formulaba esa pregunta como en los viejos tiempos, como una súplica a su maestro. Este asintió lentamente.

—Lo es. Los demonios son demonios, sí, pero no en el aspecto bíblico, celestial ni místico que muchos creen. Resulta que son seres de varios millones de años de antigüedad oriundos de rincones aislados del universo. Algunos de ellos vienen de donde el tiempo y el espacio no existen. Pero el orden de los factores no altera el producto: son extraterrestres. Avanzados de un modo que se escapa de tu imaginación y de la de tu maestro también, que está muerto y ha visto mucho más que tú. Viajan a través del cosmos y el tiempo por sí mismos, y crean realidades complejas y grandes. No intentes entenderlo. Se te escapa a la mente.

—¿Qué aconsejas que haga?

—Baja la cabeza y trata de no ver nada.

El gitano miró al costado y reflexionó un poco más sobre el asunto.

—Baja la cabeza y cierra los ojos a presión —añadió—. Cruza los dedos para no ofenderlos. Intenta caerles bien para que no te dejen oír sus voces reales o vas a quedar sordo.

Melchor se llevó instintivamente una mano al corazón y bajó la cabeza. De pronto todo su plan, sostenido por torcidas ambiciones, ya no parecía tan buena idea ni tenía una perspectiva tan alentadora. Eran muchas las cosas que podían salir mal. Y saber que no podía darse media vuelta y volver lo empeoraba todo como un balazo en las entrañas.

O quizá sí. Quizá sí podría retirarse del infierno y salir por donde vino. Pero su cita con los demonios no sería eliminada, solo aplazada. Algún día, Melchor volvería y sus anfitriones no estarían contentos...

Erasmus lo miró fijamente y se echó a reír.

—¿Qué sucede?

—Nada —*se burló, meneando su cabeza de luna llena*—. Es solo que disfruto tu miedo.

—Eres un hijo de puta, ¿sabías?

El maestro se encogió de hombros.

—Lo que es tuyo es tuyo. Si los demonios deciden matarte vas a tener una cabaña, dos putas y cualquier otra cosa que te hayas ganado con tu nigromancia desde la última vez que viste a Ptelehpte. Podría ser bastante peor.

Levantó el pie y con su sandalia le pegó una patada en la pantorrilla a Melchor.

—Aparte, no tienes idea de lo mucho que voy a disfrutar yendo a tu casa todos los días a cagarte un poquito más "la otra vida".

Dichas estas palabras, el visitante se frotó un lado de la frente bajando la cabeza.

—Pero por otro lado, ellos saben que sus voces te joderían la oreja, el tímpano, el martillo, el hueso del cráneo y la masa encefálica. Y hacerte eso implicaría que desean matarte, cosa por la que no apostararía. No veo por qué. No tienen motivo, a menos que la cagues...

—¿Y crees que la cague?

—¿Tú? Ni idea —*contestó con indiferencia*—. Por ti no pondría las manos en el fuego. Eres mierda.

Melchor asintió solemnemente.

Ambos se detuvieron al ver unas escaleras en caracol que ascendían hasta lo que parecía ser una puerta blanca, sobrenatural, suspendida de la nada, en el aire.

—¿Listo para un encuentro con tu destino, pendejo?

Notas:

1 Latín: “Por los siglos de los siglos”.



4

El ascenso a través de las escaleras fue mucho más penoso para sus carnes y tendones de lo que juzgó. Quizá se debía a que aquel era uno de los dos principales mundos de los muertos y, como tal, su arquitectura no había sido planeada para nada que se moviera por él conservando aún grasa, huesos y piel.

Con su mano nervuda bien apretada sobre el pasamano, miró abajo; era evidente que Erasmo se había quedado para verlo subir. En su ensimismamiento, había ascendido tanto, que su viejo maestro era ahora poco más que un punto visto desde las alturas. Aquello surtió un efecto cálido, culposo y nostálgico en Melchor, que alargó el brazo y lo saludó desde muy arriba, cerca del empíreo del mal.

El gitano correspondió levantando el brazo y mostrando el dedo medio.

La puerta que emanaba luz blanca no era otra cosa que un portal que llevaba a un pasillo largo, oscuro y elegante. El suelo era de mármol negro, había columnas a los lados y, tras ellas, cuadros y adornos de todo tipo, que mostraban almas torturadas y agonías

representadas con mórbida virulencia allá donde fueran a parar sus ojos. Sus pasos se hicieron penosamente largos en la aparente soledad del lugar. El camino terminaba con un portal enorme que la fuerza de ningún hombre podría abrir y una cabra antropomórfica que tapaba el paso.

La criatura llevaba encima una armadura de herrería imposible. Tocarla en cualquier parte habría sido penado severamente por las esquinas afiladas del hierro. Se quedó mirando al nigromante largo rato, como si al comprobar su identidad se estuviera llevando a cabo un proceso electrónico interno. Abrió el largo hocico y de las cavernas de su garganta emergió una voz penosamente animal:

—Tu presente a los señores. Muéstralo.

Melchor desabotonó parte de su pesada túnica y extrajo de algún bolsillo la cabeza cercenada de un infante.

—Nacido un 25 de diciembre —*declaró, mientras extendía el cráneo de color cerúleo y ojos cosidos, víctima de una taxidermia cruel.*

El hombre cabra dirigió sus pupilas con forma de rendija primero al pequeño rostro marchito, que colgaba frente a su cara, y luego al nigromante. Su expresión era el tipo de desdén que mostraría alguien a quien intentan sorprender sin éxito.

—Es mío —*añadió Melchor, un segundo antes de arrepentirse de su propia explicación*—. El niño...

La bestia empezó a abrir la puerta en silencio al mismo tiempo que el nigromante insistía patéticamente en que se había tomado la molestia de elegir a una madre que se llamara María.

La sala que se abrió ante él era inmensa, llena de columnas. Un laberinto bañado en negruras infinitas e inquietantes. El suelo parecía un tablero de ajedrez, el lugar lucía terriblemente sucio pero a la vez impecable. Sabía que era observado desde la oscuridad, sintiendo lo que un conejo en la presencia de múltiples depredadores. Melchor dio varios pasos

adelante hasta considerarlo prudente, bajó la cabeza y con los brazos sueltos, cuan largos eran, se agarró las manos. Parecía un niño a punto de ser regañado.

Había varios demonios. Ahora podía notar sus siluetas negras ahí, no muy lejos suyo. Eran enormes. Lo veían desde arriba. Estaban entrelazados entre las columnas, algunos ocupaban docenas de ellas. Varios no tenían ni siquiera forma humanoide; eran espantosos y lo peor, pero a la vez mejor, es que dejaban a su invitado idearse lo más horrible de sí mismos a la imaginación.

—Les agradezco por tener semejante consideración. Gracias por estar en la oscuridad.

—No eres valioso, pero eres divertido —*saludó Ptelehpte*—. Siempre pensé que llevarías la nigromancia y tus planes de retiro aquí en el infierno bastante lejos, Melchor. Un gusto verte después de tantos años.

—Gracias por tenerme fe.

—¿Fe? No te tenemos fe, en lo más mínimo...

—Lo siento —*se disculpó, sumisamente*—. Debería haber tenido en cuenta que para las eminencias presentes la fe es un sentimiento básico y simplista.

—No, no realmente. Lo digo solo porque pienso que eres un pedazo de mierda. ¿Sabes a qué viniste, verdad?

Melchor se aclaró la garganta, con la vista fija al suelo.

—Pido permiso para comenzar a arreglar mi retiro desde el infierno. Hay cosas que no puedo conseguir mientras esté vivo. Y a la vez esas cosas se me escaparían si estuviera muerto.



LA BESTIA EMPEZÓ A
ABRIR LA PUERTA EN
SILENCIO AL MISMO
TIEMPO QUE EL
NIGROMANTE INSISTÍA
PATÉTICAMENTE EN QUE
SE HABÍA TOMADO LA
MOLESTIA DE ELEGIR A
UNA MADRE QUE SE
LLAMARA MARÍA.





Sintió que una de las robustas columnas crujía cuando uno de los demonios deslizó su apéndice enroscándose con mayor fuerza a ella.

—Quieres tomar un atajo... —intervino una voz infinitamente más inhumana que la de Ptelehpte, pero que aun así dejaba entrever un sentimiento de reproche que Melchor supo entender.

El temblor y las ganas de mearse del pavor le impidieron salir al paso con alguna excusa.

—Me parece maravilloso —*se regocijó la misma voz*.

En algún lado de su confusa regadera de carnes colgantes, el rostro de Ptelehpte se deleitó de placer.

—Les dije que sería valioso. Melchor, tenemos una misión para ti.

Se escuchó un crujido hiriente, que probablemente era una boca del tamaño de una piscina relamiéndose, antes de agregar, con voz más grave:

—Una sumamente importante...

El humano se inclinó con mansedumbre. Había sentido el pesado caer del estrés. Probablemente, el sonido metafórico de sus testículos chocando contra el piso frío.

—¿Una misión?

Hubo un rato de silencio. Quizá para dejarle ver que habían notado su desgano y descontento, que era extremadamente malagradecido por ello y que se las estaba jugando con tan solo un gesto...

Melchor tragó saliva y maldijo a un nivel tan profundo que ni él lo supo. Por lo general, los lores del inframundo se habrían regocijado ante semejante sufrimiento, pero se hallaban serios, tan serios que incluso dejaron pasar por alto que podían leer pensamientos que por lo general los humanos ni sabían que tenían. Ptelehpte perdía la paciencia a pasos tan agigantados que las pisotadas metafóricas se podían oír casi en el plano material.

Melchor tragó saliva cerrando los ojos. Sabía que lo que estaba a punto de preguntar era etiqueta en toda corte infernal y, sin embargo, se le hacía bastante difícil hacerlo:

—¿Qué hay para mí si acepto?

—Todo lo que deseaste —*regurgitó una tercera voz, más lejana*—. Tu palacio...

Las aletas de la nariz del nigromante temblaron.

—Más bello y grande de lo que jamás podrías haber imaginado —*continuó el vozarrón burbujeante*—. Con

tantas luces que a lo lejos será un faro y una leyenda. Sobre una colina en una isla en medio del mar oscuro e infinito del infierno, si deseas. Un terruño donde serás más que un rey, más que el amo y señor. Un dios.

El mortal no pudo evitar un suspiro tembloroso mientras la sabia entidad ponía la cereza sobre el pastel.

—Serás legendario entre los nigromantes. El más grande. Infinitamente más que Erasmo, tu maestro...

Melchor cerró los ojos del placer...

—...ese gordo de mierda que mandamos para que te recibiera —*finalizó el demonio*.

—¡Alabado sea Satán! ¿Qué tengo que hacer, mis señores? ¡Díganme!

—Matar a Satán.

—Oh, Dios mío.

Melchor sostuvo varios segundos viendo al vacío antes de reparar en su grave error.

—¡Perdón! Perdón. ¡Me cago en Dios! ¡Me cago en Dios!

Los lores oscuros guardaron un silencio incómodo que indicaba, con clara mayoría de probabilidades, que aquel gesto no era de desagrado sino más bien por considerar al humano frente a ellos un completo imbécil.

Melchor por su parte levantó la cabeza y miró al frente como si tuviera ganas de vomitar. No tanto por la traición monstruosa que aquello significaba al Señor de las Tinieblas, sino por el tamaño del objetivo encomendado mezclado con una realización súbita, noble pero muy patética de su insignificancia.

—¿Yo? —*musitó, con un hilo de voz*.

—No, no realmente —*contestó Ptelehpte*—. Digamos que tú eres un tornillo en la operación.

Silencio.

—Un tornillito —*añadió. Tal vez para tranquilizarlo o humillarlo*.

Quizá ambas cosas.

El humano no pudo evitar hacer una de esas

preguntas realmente estúpidas típicas de personas desesperadas:

—¿Y están seguros de que va a salir bien?

—Oh, por supuesto. Tenemos todo planeado al dedillo. Es imposible que algo salga mal. Además, estamos 100% confiados en que Satanás no sospecha nada. Es más, va a ser facilísimo.

Melchor sonrió como un niño.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que recitar una frase —*repuso la voz burbujeante de nuevo*—. Es muy sencillo.

—Y tendrás que hacerlo durante una obra de teatro, en la que Satanás va a estar presente como parte de la audiencia.

Melchor giró los ojos, haciéndose idea a la velocidad del rayo.

—¿Quieren decir que el Rey de las Tinieblas descenderá a la Tierra?

—¿Quién habló del cagadero biológico que llamas casa? —*lo reprendió Ptelehpte, de mal humor*—. La obra se va a representar aquí, en el infierno.

—Y aunque la etiqueta no exige confiar en un espíritu de capacidades diferentes, tenemos que explicarte a detalle en qué consiste el plan, para que salga bien.

—Quiere decir que confiamos poco o nada en un pedazo de mierda como tú, Melchor —*aclaró Ptelehpte, poco diplomático*—. Pero es tan fácil que inclusive un nigromante lo podría hacer.

Mirando al suelo, Melchor bajó las comisuras de la boca y arrugó la frente, en una expresión de muda dignidad.

—¿De verdad? ¿Qué tengo que hacer entonces?

—Tienes que recitar una frase, que culmina un hechizo que durante todo el acto estarán conjurando aquí y allá en diálogos separados los demonios y espectros que actuarán en la obra. Tú dirás la parte final. Y cuando termines, si todo ha salido bien, ni Satán se habrá dado cuenta en todo ese tiempo de lo

que sucede ni tampoco podrá zafarse del hechizo de restricción que caerá sobre él. Al menos no a tiempo antes de que lo matemos nosotros.

El nigromante abrió la boca en una O enorme.

—¡Es brillante!

Pudo oír el crujido pedernal de las columnas, quizá producto de algún demonio arrugándose del placer.

—Será algo así como un golpe de estado, ¿no es cierto?

—Golpe de estado —*remedó Ptelehpte, cuyo tono de voz era la viva imagen del desprecio*—. Qué manera tan desagradable de igualar los torpes bailoteos intelectuales de los humanos con los majestuosos juegos de poder del infierno —*hubo un silencio breve*—. Aunque básicamente sí —*repuso, pensándolo mejor*—. Sí que es un golpe de estado...

Los demonios presentes hicieron gestos de asentimiento sinceros.

Melchor tomó sus propias manos, ilusionado.

—¿Y están seguros de que va a salir todo bien? —*preguntó de nuevo*.

Ptelehpte respondió como si el hombre fuera un completo estúpido. Su tono de voz era condescendencia pura:

—Querido Melchor, ¿qué podría ir mal?

¡ALABADO SEA SATÁN! ¿QUÉ
TENGO QUE HACER, MIS
SEÑORES? ¡DÍGANME!



MATAR A SATÁN

Oh, Dios mío.



¡Perdón! Perdón;
¡me cago en Dios!
¡Ma cago en Dios!



LOS LORES
OSCUROS
GUARDARON
UN SILENCIO
INCÓMODO QUE
INDICABA QUE
AQUEL GESTO
NO ERA DE
DESAGRADO
SINO QUE CON-
SIDERABAN AL
HUMANO FREN-
TE A ELLOS UN
COMPLETO
IMBÉCIL.





5

El tren del infierno era largo como la estupidez humana y horrible como el hambre. Estaba hecho de una mezcla entre tuétano, huesos y la idea fríamente premeditada de ser incómodo.

Melchor viajaba dentro mirando al exterior con una estupidez romántica solo equiparable a la de una adolescente embarazada. Los demonios, íncubos y duendes que conformaban el cuerpo de actores del teatro ambulante no le habían dirigido una sola palabra desde que lo vieron por primera vez cuatro horas atrás. Eso le había dolido. Era como si todos fueran amigos entre sí pero hicieran un esfuerzo especial en hacerlo sentir rechazado a él. Pero quién sabe, posiblemente esos demonios, íncubos y duendes se llevaran como una patada en las gónadas entre sí salvo las limitadas ocasiones que se ponían implícitamente de acuerdo para hacer sentir mal al nuevo. Más aún si ese nuevo era un humano. Quizá ese acuerdo ni siquiera necesitaba palabras: era algo que se hacía naturalmente y punto. Después de todo, el habitante promedio del infierno llevaba mierda hasta en el espíritu.

Melchor se frotó el cuello. La barba de día y medio picaba ya. Ponderaba ansiosamente sobre su rol en la obra. A pesar de la profesión macabra que había elegido como modo de vida, no le gustaban las situaciones de estrés, y ser partícipe de una obra de teatro era la situación de estrés por excelencia. Si además esta iba camuflada de conspiración para derrocar a, nada menos, que el Señor de las Tinieblas, el terror era simplemente indescriptible. Lo tranquilizaba, eso sí, que Ptelehpte le hubiera reiterado unas siete veces más que su papel en la obra era mínimo. El viejo demonio, sin dudas, estaba perdiendo su filo; todas y cada una de esas siete veces lo había hecho única y exclusivamente para recordarle lo microscópico que era de cara a cualquier cosa importante en la otra vida pero, gracias a ello, Melchor se había tranquilizado porque sabía que si todo salía mal era improbable que fuese por culpa suya, ¿verdad? Aparte, por más pequeña que fuese su participación en la obra, ser parte de ella en cualquier plano, incluso si se trataba como el vendedor de boletos de la entrada, se convertía en algo titánico, de proporciones bíblicas, si aquello era para derrocar a la autoridad máxima del infierno en el corazón de su mismísima creación. Se convertiría en una leyenda.

Melchor aprendería en los próximos treinta segundos, sin embargo, dos cosas: la primera, que los demonios por más viejos que fueran nunca perdían su filo; y la segunda, que el único atisbo de comodidad que lo cobijaba durante aquel flagelo psicológico, que significaba jugarse la eternidad, era más falsa que un billete pintado con pluma sobre uno de esos papeles que los humanos usan para limpiarse el culo.

Un duende con aspecto de bastante mal humor se le acercó. Decir esto era quizá una inexactitud semántica porque cuando Melchor levantó la vista lo tenía frente a él como si simplemente hubiera aparecido. Alargó un bracito que terminaba en tres dedos asquerosos con zarpas, los cuales sostenían un

folletín.

—Tu guión, cara de culo.

—Muchas gracias —*contestó Melchor, con dignidad.*

Abrió el folletín, coquetamente doblado en dos. Sí, era cierto: solo tenía que recitar una línea, en eso no le habían mentado. Lo que le había hecho abrir los ojos trágicamente como platos no era eso, era la gramática de dicha frase, que terminaba en una advertencia subrayada: "Pronunciar ADECUADAMENTE".

Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il.

"¡Me cago en tus muertos, Ptelehpte!", aulló Melchor dentro de los abismos de su alma. "¡Tú también estás jugando sucio, cabrón!"

Pero un demonio siempre te caga. Aun en situaciones mutuamente delicadas. Al fondo del folleto se apreciaba el símbolo satánico de Ptelehpte sobre el relieve de un humano de rodillas sangrando, producto de numerosos flagelos, con el grabado "SEMPER FI".

La situación no mejoró nada cuando, poco después, Melchor se enteró de que su línea no era un condimento desapercibido en un hechizo largo y peligroso (tal como esperaba) sino la cereza sobre el pastel: la línea que cerraba la obra y por tanto la colosal conspiración. *Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il* significaba: "Ahora, Señor de las Tinieblas, quédate sin poder".

"¡Y la puta que te parió!" Chilló el nigromante por dentro. Frotó numerosas veces su cara, ansioso y sufrido.

Se acordó de su tía, maestra de escuela, quien en su niñez le regaló un libro titulado *El poder de decir "No, gracias"*. Nunca lo leyó.

Luego de llorar en silencio, repitiendo la frase "me jodieron" generosas veces, procedió a abrir el cofre de los reconcomios y echarle, de alguna manera, la culpa de todo aquello a su madre.

El tren se perdió en un valle tenebroso entre dos mesetas muy cerradas por las que caía un vapor espeso y húmedo. Cuando los suaves gemidos se colaron por entre las rendijas de las ventanas, como una melodía macabra, Melchor entendió por qué las llamaban Cascadas de Almas.

No ayudó en lo más mínimo saber que eran ánimas condenadas a repetir su siniestra tortura por siempre. Sin dudas, uno de los tantos horrores concebidos por Satanás...

EL TREN DEL INFIERNO ERA LARGO
COMO LA ESTUPIDEZ HUMANA Y
HORRIBLE COMO EL HAMBRE. ESTABA
HECHO DE UNA MEZCLA ENTRE TUE-
TANO, HUESOS Y LA IDEA FRÍAMENTE
PREMEDITADA DE SER INCÓMODO.



MELCHOR VIAJABA
DENTRO MIRANDO AL
EXTERIOR CON UNA
ESTUPIDEZ ROMÁNTICA
SOLO EQUIPARABLE A
LA DE UNA ADOLESCENTE
EMBARAZADA. LOS
DEMONIOS, INCUBOS
Y DUENDES QUE CON-
FORMABAN EL CUERPO
DE ACTORES DEL TEA-
TRO AMBULANTE NO LE
HABIAN DIRIGIDO UNA
SOLA PALABRA DESDE
QUE LO VIERON POR
PRIMERA VEZ CUATRO
HORAS ATRÁS.

ESO LE HABÍA DOLIDO. ERA
COMO SI TODOS FUERAN
AMIGOS ENTRE SÍ PERO
HICIERAN UN ESFUERZO
ESPECIAL EN HACERLO SEN-
TIR RECHAZADO. POSIBLE-
MENTE ESOS DEMONIOS,
INCUBOS Y DUENDES SE
LLEVARAN COMO UNA
PATADA ENTRE SÍ, SALVO
LAS LIMITADAS OCASIONES
QUE SE PONIAN IMPLICA-
MENTE DE ACUERDO PARA
HACER SENTIR MAL AL NUE-
VO. MÁS AÚN SI ESE NUEVO
ERA UN HUMANO.





¡ME CAGO EN TUS MUERTOS, PTELEHPTÉ!
¡TÚ también estás jugando
sucio, cabrón!





6

Arribaron a la estación. Era tan horrida que Melchor lo interpretó como la espiral descendente por la que caía su vida e, infinitamente peor aún, su posterior eternidad.

Nadie le dirigió palabra. Lo despreciaban abiertamente. Pensó que aquello tenía que terminar tarde o temprano, después de todo debía recibir instrucciones.

E instrucciones recibió cuando un goblin le hizo un gesto para que se acercara... con el dedo medio.

Melchor se acercó lo más erguido que pudo. Ahora le tocaba a él joder un poquito; porque los duendes, los goblins y los demonios impíos eran bastante pequeños mientras que él sobresalía como una montaña. Se arrepintió del gesto cuando en el camino le dieron algunas patadas en los tobillos...

El goblin lo ojeó de arriba a abajo con asco y repudio.

—¿Te memorizaste tu línea?

—No.

La criatura escupió a un costado.

—¿Tú sabes que la cosa es para esta noche, no?

Melchor cerró los ojos por unos instantes, aterrorizado...

—¿No hay manera de conseguir a otro actor para que haga esto?

La expresión del feo ser fue categóricamente anal.

—¿Qué has dicho?

—Que lo haga otro. Yo no sé si me va a salir bien. ¡Dios mío! ¿Es tan difícil de entender?

—Primero, no digas ese nombre aquí. Se considera repudiable y de muy mala educación. Segundo, se supone que eres un nigromante —*gruñó, de un modo que dejaba entrever que intentaba aunar toda la paciencia posible*—. Hay que ser sobradamente imbécil y estar en negación absoluta para hacer esa pregunta. Sabes de sobra la respuesta. No puedes salir de esto. No puedes salirte de NADA que hayas acordado con un gran demonio. ¡Y por tu bien, pedazo de mierda, más te vale que hagas correctamente lo que se te ha encargado!

El goblin batía un puño al aire. Los actores y el personal encargado de la obra los miraban con curiosidad desde el otro extremo de la plaza. El cielo era rojo y tormentoso.

—¡A la mierda contigo! —*explotó Melchor*—. ¡Si yo caigo, tú caes! ¡Todos caemos!

El pequeño ser, que encima era director de la obra, entrecerró sus ojitos verdes. Se puso en puntillas con zapatillas que terminaban en espiral, extendió su pequeño puño y tomó a Melchor por la solapa, obligándolo a inclinarse. El nigromante se sorprendió de su fuerza.

—Exacto —*siseó el goblin, apoyando su larga nariz de gancho sobre la de Melchor*—. Precisamente.

El hombre desató los pequeños dedos con garras afiladas del cuello de su túnica y se irguió nuevamente.

—Ahora vas a ensayar, humano.

—¿No querrás decir “vamos”? —*preguntó de mala manera, aún con ánimos de buscar pelea*.

—Es una obra bastante antigua. La conocemos al dedillo.

—¿Y por qué Lucifer la va a ver si es tan común?

—Pues porque no la ha visto. En el infierno hay cientos de millones de canciones, cientos de millones de historias y cientos de millones de obras teatrales —*explicó*—. Somos bastante más prolíficos que ustedes, quienes solo podrían tener cientos de millones de algo si sumaran todas sus canciones, historias y obras teatrales en toda su historia en una sola cosa.

Al verse en aprietos, Melchor hizo lo que le pareció más razonable: apelar a la carta racial.

—Eres un duende de mierda.

—Epa, lo de mierda te lo permito, pero ¿duende?

—Duende puto —*refutó Melchor, con marcado acento de su país*.

Los goblins, homúnculos y demonios levantaron un suspiro aterrorizado al unísono y se quedaron fríos en medio de la plaza. Si tenemos en consideración que se trata de formas de vida de cientos de miles de años, que desde luego han visto muchas cosas en ese plazo de tiempo, habría que decir que lo que acababan de escuchar había sido nitroglicerina pura.

Los goblins normalmente eran verdes, este había cobrado una efervescencia pálida. Todos miraban con ojos enormes a Melchor. Ojos que concentraban esa horrible expresión de sorpresa y odio que nos hace arrepentirnos de cualquier cosa que hayamos dicho un par de segundos antes. Al nigromante se le olvidó por un momento que se hallaba sumido en una misión destinada a traicionar a Lucifer.

—Permíteme ponerte al corriente sobre el grave error que has cometido...

—Me están presionando desde que estoy en el tren. Estoy preocupado, aterrorizado y dolido porque mi eternidad podría verse arruinada más allá de la imaginación —*gimió, apelando ahora a la culpa*—. Creo que deberíamos ponernos a trabajar y...

Cuando la criatura volvió a hablar, lo hizo de modo tan cortante que podría haber rebanado un microsegundo onírico:

—Si esto sale mal, estaremos jodidos. Pero quiero que pienses en ti y solo en ti, porque estarás jodido de todos modos. Si todo sale bien, entonces voy a buscarte y, cuando te encuentre voy a tomarme el tiempo para que te acuerdes de mí y de lo que me has dicho y, cuando me recuerdes, voy a usar ese instrumento que en tu mundo se le conoce como cortaúñas de palanca para despellejar tu glande, bañarlo en sal, amputarlo a fuerza de cortaduras de papel y después hacértelo tragar, bañado en mierda. Tu mierda. Y...

—Qué violento.

—...cuando haya terminado de bajar por tu garganta, la rebanaré a mordiscos y me cogeré tu cabeza por la cortada. La cagaste, nigromante. La cagaste bien. Estás en la Ley de Herodes. Bienvenido al infierno DEL infierno. Población: tú.

La criaturita arrojó con frustración el libreto que tenía en la mano, se dio media vuelta y se marchó, jalando la puerta del teatro tras de sí.

Melchor miró a la pequeña muchedumbre de actores y personal teatral con el bochorno típico de quien acaba de protagonizar un papelón.

—¡Pero bueno! —*masculló*—. ¿Qué haría Ptelehpte si estuviera aquí? ¡A moverse que tenemos que hacer esto bien! ¿Han entendido? ¡BIEN! ¡Y déjenme en paz de una buena vez, mierda! ¡No me importa lo que ustedes sean! ¡Ustedes, demonios! —*exclamó patéticamente*—. O ustedes, ghouls. O ustedes, zombis —*señaló, apuntando a unos y otros con el dedo*—. O ustedes espantos y duendes. ¿Hacemos esto bien o qué? ¡Díganme!

—Nosotros somos goblins también...



Porque te buscaré y usaré un cortaúñas de palanca para despellejar tu glande.





...cuando haya terminado de bajar por tu garganta, la rebanaré, y me gogeré tu cabeza. La cagaré, nigromante. Estás en la Ley de Herodes. Bienvenido al infierno DEL infierno. Población: tú.



¡A moverse que tenemos que hacer esto bien! ¡Y déjenme en paz de una buena vez, mierda! ¡No me importa lo que ustedes sean! ¡Demonios, ghouls o zombis! ¡Espantos o duendes!





Z

M

elchor llevaba seis horas ensayando. De su frente brotaba un concierto de venas bastante interesante. Parecían gusanos retorciéndose en un ritual sexual.

Lo acompañaba un profesor de pronunciación. Un ser de aspecto nauseabundo cuyo rostro resultaba inescrutable y quizá, inenarrable. Incluso los actores y empleados del teatro evitaban acercársele. Melchor era el único que se sentía a gusto con él. Al menos esta criatura no lo rechazaba de alguna manera indeciblemente odiosa, aunque quizá eso se debía a que sus facciones eran tan incognoscibles que no había manera de deducir qué estaba pensando. Era una figura casi completamente amorfa, amarillenta y repleta de granos, cuyos ojos enormes parecían pintados y expresaban tanta emoción como los de un molusco.

—Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il —canturreó la desgracia humanoide de un modo que, al parecer, era correcto y sublime.

—Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il —remedó Melchor, de manera poco o nada similar.

La criatura se le quedó viendo gravemente. El nigromante bajó la cabeza, amargado, aterrorizado y con mucha vergüenza.

—*Vhass mejogando —le dijo con voz pastosa.*

—¿De veras lo crees?

—Claro. Pero es mejor que sigamos practicando todo lo que se pueda.²

Hacía años que Melchor no se sentía cargado de ese noble sentimiento que sobreviene cuando uno experimenta un sincero agradecimiento hacia alguien que tiende una mano en tiempos de necesidad. Por ello estaba contemplando tomarse un momento para agradecer sentidamente a Chrrarg por su ayuda y paciencia. Su padre, sin embargo, siempre había dicho que cuando Melchor se ponía así era porque sólo quería hacerle la barba. Por ello decidió guardar silencio y seguir apelando a la misericordia de aquel menjurje de carne sobrenatural.

—*lho megorg guerrárg gue intents imitarggg mi goz³*
—aconsejó Chrrarg.

Aquello le pareció un chiste de mal gusto a Melchor, pero decidió no decir nada. Un elfo oscuro, cuya presencia ninguno de los dos había notado, fue quien dijo lo que tenía que decirse:

—Para que logre imitar una voz así va a necesitar sostener un gargajo a mitad de la garganta.

Acarició sus labios con la punta de la lengua, meditabundo, y añadió sabiamente:

—De los que tienen mucha sopita.

Hombre y monstruosidad giraron cabezas (más bien una cabeza y un apéndice de aspecto semiderretido) para mirar al mítico ser de hermosa voz, quien los veía de brazos cruzados con la espalda reclinada sobre una pared.

Mirar a Chrrarg de cerca, lejos de disipar dudas, las aumentaba a velocidad vertiginosa. Pero cualquiera podría haber deducido, dada su expresión, que el consejo del elfo oscuro lo había dejado pensando...

—*Poggriamogsh pgobarr...*

—¿Tienes idea de qué dijo?

Cualquiera habría creído natural que una pregunta como aquella sería pronunciada por el torpe humano al mítico ser con siglos de experiencia a través de mundos maravillosos. Pero lo cierto es que fue más bien al revés...

—Dijo que podríamos probar —contestó *Melchor secamente, mirando al elfo, ofendido por su falta de tacto para con el maestro de pronunciación...*

Se escucharon unos siseos del otro extremo del escenario. Dos goblins hablaban entre sí, mirando al nigromante de manera venenosa, en un idioma que a su vez parecía más afilado que un cuchillo y tan elegante como una afeitadora con aspecto de rueda de cortar pizza.

—*Glu Glu Grrrr hmgrrrr gmmmm ¿hrrgrrrrg mgmmm? Groaghr ¿ddjjjf? Chegg pug innn...*

—¿Y ahora qué cuernos dice?

—Dice que un goblin preguntó: ¿cuál es la diferencia entre un bloque de concreto y las entrañas de un ser humano? A lo que el otro contestó: ¿cuál? Obteniendo como respuesta que con un bloque de concreto no se pueden hacer gárgaras —tradujo *Melchor*.

—Tiene bastante razón.

—*Ngoo gues higgo gacia gge los llamaggas dueggdegs...*

—Sí, ya sé que no les hizo gracia lo que les dije. ¿Volvemos a la práctica, por favor? Me preocupa más Satanás.

—*Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il.*

Pero por más que lo intentaba, Melchor repetía algo más o menos así: "*Belae aacabil maak paten cuma muucusil*". Era fácil aventurar que Chrrarg era un monstruo sensible porque le daba bastante pena la frustración de su alumno. El elfo oscuro, en cambio, parecía disfrutar de la situación pero, de ese modo contradictorio tan propio de ellos, estaba también dispuesto a ayudar...

—A ver, intenta repetirlo de nuevo —dijo, apretando

toscamente el mentón y las comisuras de la boca de Melchor con sus dedos largos y finos.

—*Behlae, ak'abil maakpaten x'ma muukil.*

—*¡Eggitog!*

—*¡Ha dicho que éxito! —exclamó Melchor, con la mano aún apretándole y los labios en forma de besito—.*

¡Ha sido mucho mejor! ¿Verdad?

El elfo oscuro lo vio ofendido.

—*Por supuesto que sí. Ha sido idea mía.*

Sin embargo, Chrrarg, el maestro, no tardó en añadir que a pesar de la inmensa mejoría, tenía que aprender a decirlo sin que le estuvieran apretando la boca de un modo que parecía que estuvieran pretendiendo ordeñarla. A lo que Melchor preguntó si la cosa no daría resultado si él pronunciara su parte del hechizo maldito de esa manera; a lo que el monstruo deforme confirmó que, en efecto, el hechizo podría dar resultado, pero que no sería nada elegante, mierda. Satanás merecía algo mejor...

El elfo oscuro, por su lado, hizo lo mejor que pudo para anticiparse a los hechos:

—*¿No estarás pretendiendo que yo aparezca contigo en la tarima y te apriete la boca para decir tu parte, no? Porque paso...*

Pero ya era demasiado tarde. Melchor se apuró en contárselo todo al director de la obra (quien, a pesar de haberlo escupido en un ojo a media conversación, lo escuchó con atención e interés) y, por lo tanto, el destino del joven elfo, que a decir verdad era simplemente el mandadero que venía a entregar la comida, quedó sellado.

Aquel día pasaría a la posteridad y sería recordado como leyenda de segunda mano en el infierno, cuando un nigromante consiguió cagar a nada menos que un elfo oscuro...

Notas:

- 2 A decir verdad, Chrrarg (nombre de la mórbida criatura) pronunció esta frase así: "Cglaggo. Peggo egh meggohr gge siggamogs pggactigganggo godo lo gge ge ggueda". A partir de ahora, los diálogos se expondrán tal como fueron pronunciados por él, a fin de respetar la fidelidad de los hechos tal como ocurrieron.
- 3 "Lo mejor será que intentes imitar mi voz".



MELCHOR PRESUNTÓ SI LA COSA NO DABA RESULTADO PRONUNCIANDO SU PARTE DEL HECHIZO DE ESA MANERA. A LO QUE EL MONSTRUO DEFORME CONFIRMÓ QUE SÍ DABA RESULTADO...



PERO QUE NO SERÍA NADA ELEGANTE, MIERDA, SATANÁS MEREÍA ALGO MEJOR.

¿No estarás pretendiendo que yo aparezca contigo en la tarima y te apriete la boca para decir tu parte, no? Porque pasó...



PERO YA ERA DEMASIADO TARDE. MELCHOR SE APURÓ EN CONTÁRSELO TODO AL DIRECTOR DE LA OBRA (QUIEN, A PESAR DE HABERLO ESCU-PIDO EN UN OJO A MEDIA CONVERSACIÓN, LO ESCUCHÓ CON ATENCIÓN E INTERÉS)



Y POR LO TANTO EL DESTINO DEL JOVEN ELFO, QUE A DECIR VERDAD ERA SIMPLEMENTE EL MANDADERO QUE VENÍA A ENTREGAR LA COMIDA, QUEDÓ SELLADO.



8

Resulta que el elfo oscuro se llamaba Artanis. Cuando estuvo por revelar su apellido, Melchor levantó las manos diciendo que no tenía tiempo de memorizar ningún apellido sumamente complicado, extremadamente laborioso y ciertamente rebuscado de esos que “los elfos tienen”. Al serio Artanis no le dio tiempo de decir: “Elendil, Artanis Elendil”.

Decir que sus ojos eran color esmeralda era como limitarse a notar que un león “tiene dientes”. Los ojos de Artanis eran de un verde sobrenatural y la mirada que le dedicaba al nigromante era más ruin que la mordida de la peor víbora del infierno.

—Te maldigo, humano.

Melchor desestimó las palabras con un distraído batir de manos.

Chrrarg miraba la situación con las manos delicadamente tomadas entre sí, sentado coquetamente sobre una mecedora.

—*¿Tgge sienghtegs segurrro pagga egta nogge, Melghor?*

—Me siento seguro, sí —*confirmó, leyendo el libreto*—.

Mis preocupaciones netamente personales

evolucionaron por angustias sobre el desempeño de los demás.

Artanis tapaba su rostro con ambas manos, afligido más allá del consuelo.

—*Sogn bueggos pgofesshionalegss.*

—Tan buenos profesionales como los goblins pueden llegar a ser —*gruñó.*

—Los goblins fueron elegidos por una razón, nigromante: no fallarán. Nunca lo hacen. El único eslabón retrasado en todo el operativo eres tú.

Melchor no se dio por aludido.

—Por eso te tengo a ti.

Pero Artanis se hallaba inconsolable y lo hacía saber con un clarísimo lenguaje corporal, que era la descarnada imagen del derrotismo.

—Sabes que tu pesimismo afecta mi estado de ánimo, ¿verdad? —*lo acusó Melchor, con la mejor intención de hacerlo sentir culpable.*

El elfo oscuro le arrojó una mirada terrible desde el espacio que había entre los dedos de sus manos.

—Te aclaro que si todo sale mal, que si el destino decide que esta rebelión no funcione, te voy a cortar el cuello incluso antes de que el mismísimo Satanás conjure una maldición.

—*Nggo te ponghas assín, Agthanis. Ggcon o sing thu paggticipacssión en la obbrra, tu destiggnio haggía sido el misgmo.*

—¡Exactamente! —*exclamó Melchor, con hastío—.* ¡Aun si no salieras conmigo en la parte final de la obra, si todo fuera mal, igual estarías entre los condenados por toda la eternidad, pelmazo! ¡Tú ya eras parte de todo esto! Aun si solo fueras el que trae la comida.

El elfo hizo una pausa para intercambiar una mirada cargada de vinagre por otra que parecía una perversa mezcla entre la de una víbora y un felino sediento de sangre.

—En todo caso alégrate. Tu participación no hace sino elevar la tasa de éxito en todo esto.

Pero Artanis meneó la cabeza con impaciencia.

—No entiendes. Todo era más “fácil” pensando que iba a esperar el resultado tras bastidores. Y aun así, el terror es bestial. Ahora imagínate lo que siento al tener que estar en el mismísimo escenario ante la presencia de Satán. Su sola mirada hace que desees no haber existido. Hace que quieras cambiar tu vida, sin importar lo buena que haya sido, por la alternativa de no haber sido jamás un microscópico proyecto en el cosmos.

El elfo mostró sus afilados, casi animalescos colmillos...

—¡A eso añádele el peso de la conspiración! ¡De todo esto! —gritó, alzando las manos teatralmente en el aire. Y no tardó en añadir—. ¡La puta que te parió, Melchor!

Melchor describió una U invertida con la boca, sacó el labio inferior y pateó una piedra imaginaria con las manos metidas en los bolsillos de su túnica.

Uno podría haber sentido como propia, sin embargo, la idea que cuajó rápidamente en el interior de su cabeza:

—Un segundo. Satanás estará entre las sombras, ¿no? ¡No debo verlo directamente!

—*Ssggi puedeggs, Melgghor.*

—Sí puedes, hijo de puta.

Afortunadamente, Artanis comenzó a dar una explicación antes que Chrrarg;

—Como bien sabes, para ti sería mortal, pero a Lucifer le gusta aparecerse en una forma en que cualquiera lo pueda contemplar sin consecuencias.

—¿Verlo no hará que los sesos me salgan a chorros por el culo?

—Supongo que si él quisiera, sí. Pero es improbable que haga algo así cuando asiste a eventos sociales. A lo sumo podrías enamorarte de él. Le gusta lucir bien. Pero no te va a matar con su aspecto, no es su estilo.

Melchor enarcó la ceja izquierda hasta tal punto que por un momento parecía que se le iba a escapar de la cabeza.

Muchos hombres hubieran cuestionado la insinuación de enamorarse de alguien o algo de su mismo sexo. Melchor era mucho más sofisticado y sabía los influjos que podían ejercer los demonios. En especial si se trataba de humillar a hombres heterosexuales. Lo suyo iba por otro camino...

—Ningún demonio podría manipularme hasta tal punto.

El elfo oscuro se sintió aún más irritado.

—¿Ni siquiera Satanás? No seas ridículo.

Melchor arrugó la frente con dignidad pedante.

—Sabes que hay demonios mucho peores que él, ¿no?

—¿Más fuertes?

—Nada es más fuerte —*afirmó*—. Me refiero a que son peores, más hijos de puta.

El rostro de Artanis perdió su influjo gatuno. Quizá así era como palidecían los elfos.

—Algo así había escuchado de mi abuelo Melvak El Grande, quien murió en un combate mágico hace siglos, sí...

Artanis arrugó los labios pensándolo un poco mejor.

—Más bien lo había intuido. Él sabía que había demonios muy ruines...

—*Ergo nghoor ggiere deshigr gge lo de essssta nogge no ggea peliggosooo.*

—Tienes razón —*concedió Melchor, con un fuerte asentimiento*—. Eso definitivamente no quiere decir que lo que vamos a hacer esta noche no sea peligroso.

—Es putamente peligroso —*afirmó Artanis*.

—Jodidamente peligroso —*convino Melchor*.

—¿Alguna vez te encontraste un demonio así? ¿Peor que el mismísimo Satán?

El nigromante chupó sus cachetes por dentro y asintió gravemente.

—Así es.

—Se lo preguntaba a Chrrarg, humano hijo de puta.

—*Ngoo seags asssí, Atannisss... Melghor tggienne mags*

eggspeddiencia gge yooo...

Artanis puso cara agria y giró la cabeza, negándose a mirar directamente a Melchor.

—¿Alguna vez te encontraste con un demonio peor que Satanás? —*siseó*.

Melchor se lamió los labios, preparándose para contestar. Logró que Artanis lo mirase fijamente.

—Pregúntaselo a tu abuelo, elfo de mierda.

Se quedó callado un par de segundos y agregó:

—Al difunto.

—Si esto sale bien, te voy a matar, humanillo. Y si no, me voy a regocijar con tu negro destino lo suficiente para olvidar el que me irá a tocar a mí.

—*Mellghoor dejjjah de peleggaarr contegsta su pggegunta*.

—Sé que existen y sé sus nombres —*terció Melchor, mirando a Chrrarg*—. Pero poquísimos nigromantes se atreven a llamarlos. Los que lo hacen, a veces, son personas tan desesperadas que han perdido el juicio y su único paso por la historia ha sido el de ser inmortalizados como malos ejemplos. Como lo que nunca, nunca jamás se debe hacer. Era un niño cuando leí sobre estos antiguos magos y me quedó claro que en algún cuando y en alguna dimensión estaban gritando, y lo siguen haciendo ahora, mientras hablamos. Su dolor, su horror y sus miserias son absolutas, y lo serán por siempre...

Hubo un silencio frío en la alcoba, que se prolongó por un buen rato.

—*Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il* —*recitó Melchor*.

Hubo un nuevo silencio, pero esta vez mucho más agradable.

—*¡Lho hass hecho biegnn, Melghor!*

El hombre tragó saliva y asintió gravemente, con una sonrisa tímida.

—Lo peor será la espera, sin dudas.



9

El paisaje infernal era oscuro, rojizo y lleno de tinieblas. Visto desde arriba parecía que todo tomara lugar en una nube espesa y negra, pero esa nube era deshilachada por infinidad de luces sangrientas y millares de torres mórbidas que se perdían en una bruma helada. En algún lugar de aquella imposible, colosal metrópolis, que flotaba sobre lo que parecía un hígado sangrante, que navegaba lentamente en un limbo oscuro en el intestino más recóndito del universo, se hallaba un teatro.

Y aquel teatro se parecía al Vaticano; si el Vaticano fuera bastante más grande e indeciblemente más imponente. Aquel titán arquitectónico era la venganza de Miguel Ángel, quien había escupido a las puertas del paraíso y cambió a Jesús por un demonio, por el cual se dejó poseer en todas de maneras y posiciones posibles. Cuando su espíritu se hubo recuperado, dedicó los más de 450 años que lleva de muerto a erigir un monumento capaz de cagarse en la crema y nata de los hijos de Dios. La mejor obra del artista había sido elaborada ya de muerto. El teatro era un

monumento profano, una criatura arquitectónica espacial.

El público infernal estaba conformado por ángeles caídos, goblins, elfos oscuros, espectros, nigromantes, vampiros, extraterrestres de galaxias baldías, bestias, monstruos, horrores pandimensionales y demás, a los cuales, para ahorrar mucho tiempo, se los suele llamar simplemente demonios.

El público infernal era además bastante culto, porque en aquella ciudad del infierno había muchas librerías. Y, sin dudas, la concurrencia al teatro era enorme. La cuestión era absurda porque aguardaban fuera del espectacular coliseo ordenadamente. Una masa de seres, espectros y criaturas de infinita y siniestra índole, que si bien a lo lejos se reconocía como una legión colosal, se intuía, en los tuétanos, ahí donde a los huesos dan descargas y la piel se pone de gallina, que no era un público normal.

El coliseo parecía una torre de babel pero al revés. Su entrada era chica pero los anillos posteriores, que se elevaban tan alto (y ancho) como una gran montaña, eran casi inalcanzables a la vista y se perdían más allá de las nubes de la noche. La adornaban una gran cantidad de ventanas de las que salían luces, como una gran nave cósmica. Desde detrás de una de ellas se hallaba el elfo oscuro Artanis, mirando, tan desconsolado como aterrorizado, hacia abajo, a la multitud que el coliseo engullía lentamente...

Le habría dicho a Melchor que se asomara y viera cómo semejante espectáculo se desarrollaba más de mil metros allá abajo, donde seguramente estaba también Lucifer, el Príncipe y Satanás, el Rey, pero supuso que eso descompondría más gravemente al nigromante, quien se miraba ante un espejo en la semioscuridad. Artanis no lo sabía, pero Melchor intentaba no llorar. Contemplaba los éxitos y fracasos de su vida mirando su reflejo.

Lo peor y lo mejor de su carrera de nigromante convergían en un mismo maldito, cancerígeno

embudo. Aquella espectacular torre, en medio de aquel maravilloso santuario, sería testigo de un golpe de estado en nada menos que el infierno. Pero por el otro lado...

Suspiró temblorosamente, cerrando los ojos.

Era horrible ocurrírsele que lo último que quería era estar en nada menos que sus propios zapatos...



10

Si el terror en el cuarto de ensayos era suficiente para matar del susto a una ballena, tras bastidores, viendo a través de las cortinas del teatro, Melchor necesitó ayuda (en más de una oportunidad) para poder caminar sin que los tobillos lo traicionaran. Artanis, el elfo, le pegó un rodillazo por el culo ni bien lo ayudó a enderezarse tras otro desvarío, apretándolo no muy cariñosamente por el codo.

—¡Date valor!

Semejantes palabras habrían surtido cierto insignificante efecto de no ser porque el mítico ser las pronunció con voz temblorosa y patética.

Aquel teatro infernal tenía espacio (y albergaba, en aquel momento) a no menos de cincuenta mil criaturas. Pero lo maravilloso de aquello es que los ojos del nigromante y del elfo estaban posados, entre aquella variopinta, mórbida, tenebrosa y asombrosa multitud, sobre un solo individuo, uno que sobresalía por encima de la mayoría: el Rey de las Tinieblas en persona. Melchor y Artanis lo miraban con terror y adoración.

Medía más de dos metros, su espalda era ancha, sus hombros colosales, pero su contextura no era tosca, muy por el contrario: parecía un príncipe y se veía como tal. No se lo podía ver demasiado bien desde aquella distancia, pero Melchor intuyó que veía algo parecido a un animal salvaje. Su cabello era tan negro que podía hacer llorar de vergüenza al color que se atreviera a llevar el mismo nombre.

Aquel colosal, cósmico caparazón de elegancias infinitas daba techo a seres tan abominables que todos y cada uno de ellos podía hacer llorar al alma de cualquier dictador. Pero el Rey tenía majestad infinita. Era un Dios. Era de hecho Dios después de Dios mismo. Y seres que seguramente lo habían visto todos los días durante una eternidad seguían sintiéndose sobrecogidos como la primera vez ante su presencia. Aquello era poder. Poder más allá de la comprensión. Poder más allá del insignificante entendimiento humano. Poder que se alzaba tan alto que la palabra misma perdía sentido. Melchor era un bastardo tan malo, ruin, abyecto, miserable y pérfido como un hombre podía serlo y más. Pero no entendía qué estaba viendo exactamente cuando miraba a Satanás. Sabía, tan solo, que todas y cada una de las virtudes malditas anteriormente nombradas estaban hartas ante aquello. Él estaba más allá. Y entonces entendió lo que un imbécil sin remedio entiende durante la Revelación Final: de cara ante aquel nivel, nada tenía sentido. El infierno, o al menos lo que él conocía del mismo, estaba manejado por dioses infinitamente menores a Satanás, y eso estaba bien. Al menos sus manejos eran más entendibles.

Artanis era presa del mismo pánico existencial, y eso le dio consuelo a Melchor. Porque ante el Rey, los elfos tampoco eran nada. El demonio Ptelehpte tampoco era nada.

La orquesta en vivo comenzó su hermosa, brillante presentación. La obra estaba a punto de comenzar. La hora de la verdad había llegado. Los labios del

nigromante se movieron suavemente y de ellos salió el último balido de su alma:

—Jesús lloró.



AQUEL TEATRO INFERNAL TENIA ESPACIO (Y ALBERGABA, EN AQUEL MOMENTO) A NO MENOS DE CINCUENTA MIL CRIATURAS. PERO LO MARAVILLOSO DE AQUELLO ES QUE LOS OJOS DEL NEGROMANTE Y DEL ELFO ESTABAN POSADOS, ENTRE AQUELLA VARIOPINTA, MORBIDA, TENEBROSA Y ASOMBROSA MULTITUD, SOBRE UN SOLO INDIVIDUO, UNO QUE SOBREGALTA POR ENCIMA DE LA MAYORIA: EL REY DE LAS TINIELAS EN PERSONA. MELCHOR Y ARTANIS LO MIRABAN CON TERROR Y ADORACION.



MEDIA MÁS DE DOS METROS, SU ESPALDA ERA ANCHA, SUS HOMBROS COLOSALES, PERO SU CONTEXTURA NO ERA TOSCA, MUY POR EL CONTRARIO; PARECÍA UN PRÍNCIPE Y SE VEÍA COMO TAL. NO SE LE PODÍA VER DEMASIADO BIEN DESDE AQUELLA DISTANCIA, PERO MELCHOR INTUYÓ QUE VEÍA ALGO PARECIDO A UN ANIMAL SALVAJE. SU CABELLO ERA TAN NEGRO QUE PODÍA HACER LLORAR DE VERGÜENZA AL COLOR QUE SE ATREVIERA A LLEVAR EL MISMO NOMBRE.

AQUEL COLOSAL, CÓSMICO CAPARAZÓN DE ELEGANCIAS INFINITAS DABA TECHO A SERES TAN ABOMINABLES QUE TODOS Y CADA UNO DE ELLOS PODÍA HACER LLORAR AL ALMA DE CUALQUIER DICTADOR. PERO EL REY TENÍA MAJESTAD INFINITA. ERA UN DIOS.



11

La introducción la había hecho un goblin. Si no hubiese estado tan aterrado durante todos aquellos minutos que pasaban como horas y que segundo a segundo se sentían como una soberana patada en sus partes más blandas, Melchor habría tenido tiempo de sorprenderse porque:

A) era un goblin, una mierdita horrenda del infierno, abriendo nada menos que una magna obra que tenía como público a nadie menos que Satanás y

B) que después de todo, el goblincito de porquería tenía un vozarrón majestuoso.⁴

“Los artistas y actores representarán esta noche para nuestro Rey, su corte y el distinguido público presente, *El festival de la blasfemia*”.

Todos estaban asustados tras bastidores, escuchando desde ahí a los actores haciendo su trabajo en el escenario. El ambiente era frío, melancólico y patético. Se hallaban sentados como condenados a muerte más que como actores. Vestidos en sus túnicas elegantes, fantásticas, maravillosas, en sus armaduras

incomparables y gallardas. En sus atuendos eróticos y sedosos, dispuestos a interpretar sus personajes como soldados de guerra más que como actores. El director de la obra tenía los codos puestos sobre un púlpito, con las manos cubriendo su cabeza y los ojos cerrados y llorosos:

—Todo está saliendo bien —*repetía, como un mantra*—. Todo está saliendo bien.

Esto fue un elíxir emocional para los actores, quienes por primera vez se sonreían mutuamente, en la oscuridad, tomándose de las manos unos con otros.

—Va a salir todo bien, ¿verdad?

—Va a salir TODO bien —*asintió el director*.

Este los abrazó por los hombros, haciendo un círculo fraternal entre todos ellos. En él no estaba incluido Melchor, quien los veía con miedo desde una esquina.

Casi dos kilómetros más allá, Ptelehpte, el verdadero director de la obra tras la obra aparente, se hallaba, mórbido él, comprimido en su pequeño trono. A los demonios de su categoría se les daba tronos, no sillas, pero estas perdían su significado en un sector de hileras e hileras de puestos idénticos al suyo, nada comparables a los de Satanás y su corte. Ptelehpte era un amasijo tétrico de túnicas superpuestas, como un monje completamente cubierto, cuyo rostro extraño permanecía inexpugnable bajo sedas y sombras. Entre humanos, él era la abominación que espera tres niveles encima de la peor pesadilla, pero ahí, su equivalente (juzgaría un entendido) debía ser más o menos la de una especie de dictadorcito de baja estatura y aspecto ridículo, pero con un historial más o menos respetable. Sus cómplices lo rodeaban como si fuera el centro de una constelación: algunos varias docenas de metros más allá, otros unas cuantas veintenas más abajo. Las presencias desfiguradas, enormes y aplastadas en sus tronos se revolvían temblorosamente, expectantes y acongojados, sintiendo esa cosa horrible que no habían

experimentado en océanos de tiempo: ansiedad y miedo.

De vez en cuando se miraban a las caras (al menos, los que no eran tan rechonchos como para mover aquella masa inexpugnable y sin cuello que tenían por cabeza). Ptelehpte se cubría la boca con dos dedos, mirándolos con ojitos ansiosos que parecían exigir que no lo miraran a él de vuelta, hipersensible y paranoide a no caer en la menor actitud sospechosa.

En el escenario tenía lugar una fastuosa danza con saltos, técnicas y movimientos imposibles, aros de fuego volando por el aire y malabares espectaculares que dejarían en vergüenza a cualquier espectáculo terrestre. La orquesta enardecida tocaba una composición más grande que la vida y, aun desde los nimbos colosos de color plomo bajo aquel cielo arremolinado y magenta, las saetas de luz de los reflectores atravesaban el cielo, celebrando artísticamente una obra que versaba sobre la victoria del infierno sobre el cielo.

Melchor estaba sentado en el piso con la espalda apoyada a una pared, parecía un borracho derrotado. Sobre su cara asustada brillaban, estallido tras estallido, los colores de los fuegos artificiales que explotaban en el cielo. Hacía caso omiso al estruendoso aplauso que venía del teatro quizá porque no lo escuchaba, porque estaba más allá de ello. Su mente era la línea fría e inmóvil con la que un electrocardiograma representa el pulso de un muerto.

Visto desde unos cuantos pasos, cualquiera habría dicho que ya no era un hombre sino un zombi. Un no muerto sometido largamente a los malditos desquicios e inseguridades de la vida, cuya rostro no es más que una inmisericorde parodia tallada en piedra blanca, viendo siempre al vacío con una frente que reflejaba más que mil desgracias.

Aquel era Melchor ahora. Un despojo intentando encontrar motivación.

Y también un dechado de patetismos que levantó la

cabeza con terror cuando sintió la presencia del director de la obra frente a él, quien dijo con severidad y sin misericordia:

—Levántate que viene el final. Ya va a ser tu turno.

Notas:

- 4 Un educado C) habría sido sentir una envidia colosal por la capacidad de aquella criatura de mantener la calma.



12

Los actores que habían conseguido pronunciar las partes del ritual astutamente escondidas dentro de sus diálogos se hallaban eufóricos; saltaban y danzaban tras la cortina como si la victoria ya fuera de ellos. El director de la obra lloraba y sudaba al mismo tiempo, ambas cosas producto de la adrenalina y la emoción. Extrañamente todos eran lo suficientemente listos para saber que su situación no mejoraría en lo absoluto cuando el nuevo régimen se apoderara del infierno. De hecho, peor aún: sus futuros eran inciertos y eso bien podría significar que las cosas serían mucho peores. Pero quizá eso no importaba nada en aquel momento de euforia. Las criaturas del averno eran tan mezquinas e irreverentes como los hombres.

Para Melchor, sin embargo, el tiempo pasaba en cámara lenta. En ese sinsentido del ridículo propio de los seres humanos, asoció su marcha hacia el escenario con la caminata en cámara lenta de los héroes, pues la alegría de los demonios lo contagió y tan solo ese poquito de luz fue suficiente para encender la mecha: “¿Cómo se me ha podido olvidar mi palacio en la cima

de un pico, en una isla en medio del mar? ¿Y mis putas? ¿Y mis sirvientes? ¿Y mi pequeño lugar para reinar aquí, en el infierno?", *pensó*.

Su boca se fue abriendo lentamente, como un vagabundo que por una vez puede tener un final feliz. Los ojos se le humedecieron.

"¡Puedo hacerlo! ¡Yo puedo, puedo, puedo hacerlo!", *se dijo a sí mismo*.

Hizo lo que desde hacía muchísimos años no se atrevía: imaginar que su padre lo miraba orgullosísimo desde el púlpito de algún lugar celestial.

Artanis iba tras él. Al nigromante se le ocurrió fugazmente que luego de la victoria el elfo lo perdonaría. Lo perdonaría y de hecho (¿por qué no? ¡El terror se convertía en adrenalina y crecía, crecía...!) se abrazarían fraternalmente.

Despachó la última docena de pasos antes de trotar por las escaleras y, de ahí, al pasillo final que terminaba en las cortinas que daban al escenario. Algunos demonios miraban sorprendidísimos su cambio de actitud.

"Melchor, es tu momento", *pensó fugazmente*. "Es tu momento y vas a lograr tus sueños".

Imaginó que tras él iba el alma de su madre e, incluso, el alma del perro que más quiso en la vida. Su único amigo real.

El director lo miró con cierto espanto, que se transformó lentamente en una sonrisa pícara. Tuvo que atravesar un brazo en el camino de Melchor.

—Espera —*gimió*.

El goblin levantó los ojos entusiasmado, prestando atención a las exclamaciones de los actores que todavía quedaban sobre el escenario. Escuchó lo que esperaba escuchar, musitando el guión entre los labios, que conocía al pie de la letra, y entonces siseó:

—¡Ahora, Melchor! ¡Sal!

El hombre atravesó las cortinas y marchó con paso triunfal hasta el centro del escenario. Allá afuera el clima no era tan pesado ni opresor como el de atrás. La

brisa helada bendijo su frente sudorosa y nada, nada en el universo pudo prepararlo para la visión abismal de miles, sobre miles, sobre miles de espectadores viéndolo desde gradas infinitas.

Melchor caminó hasta la punta, levantó los brazos emocionado y abrió la boca...

Y eso fue todo.

Literalmente todo, porque se le olvidó lo que tenía que decir.

Su cabeza todavía daba vueltas cuando se dio cuenta de que no solo tenía la mente en blanco sino que, además, todos sus intentos por acordarse eran inútiles. Parecía la impotencia de estar encerrado en una tumba.

El hombre seguía ahí, con los brazos en alto. El público permanecía en un silencio espeso, tenso y expectante, que poco a poco comenzó a volverse incómodo...

La boca de Melchor se abrió en una grieta de inconmensurable pavor, del que solo salió un gemido patético y bajo, pero paradójicamente lo suficientemente alto como para ser escuchado. Empezaron los murmullos...

Quizá fue su criterio, o quizá fuera literal, pero sintió una bomba nuclear de emociones viniendo desde detrás de la cortina. Y aquello no era nada en comparación a Artanis, cuyo rostro pasaba del bello élfico a convertirse en una expresión desfigurada y monstruosa de incredulidad, odio, terror y unas pupilas terroríficamente pequeñas para los ojos que las albergaban.

Seguía buscando desesperadamente la información en el disco duro de su mente, pero entonces se le vino a la cabeza, como por azares tristes del destino, que él jamás fue bueno recordando las cosas de ese modo, forzándolas.

Estaba perdido.

Comenzó a sollozar, sollozar de horror incrédulo lleno de ruido blanco, no de tristeza (a la hora de la

verdad Melchor no era lo suficientemente profundo ni romántico para dejarse someter a cualquier otra cosa más que un grito interno de terror absoluto).

Y sin quererlo, porque no había otra, por su mente comenzaron a pasar un montón de frases rápidas y sin sentido de su vida, de sus sueños y su infancia. Una de ellas fue: "Ojalá estuviera en el cielo, aun si tuviera que ser para siempre". Y después: "Claro, eso sería una pendejada...".

Los segundos transcurrían. Artanis susurró, siseó, gimió y lloró al mismo tiempo:

—Melchor...

Ptelehpte, por su lado, ponía una cara que no podría ser descrita adecuadamente en ninguna lengua y que por lo tanto era mejor dejar en un parecido a la expresión que ponía el monstruo de malvavisco en *Los cazafantasmas* unos segundos antes de que el portal le explotara en la cara.

Chrrarg, el simpático pero abominable ser grumoso y húmedo, se cuajó.

Erasmo, el obeso y calvo maestro de Melchor, sentado allá, desde un puesto no muy privilegiado, se frotó la cara con mortificación, meneando la cabeza lentamente.

Y todo eso fue poco después de que Melchor comenzara, lentamente, ante un silencio gigantesco que todavía persistía, a llorar...

Los murmullos incómodos comenzaron entre la audiencia otra vez. Algunos demonios giraron la cabeza disimuladamente y otros se taparon los ojos. Hubo quienes no aguantaron más y se pusieron de pie retirándose silenciosamente con la cabeza y la cornamenta bajas. Algunos eran inquisidores cósmicos desde mucho antes que naciera el primer hombre, pero no, eso no...

Desde muchos de los caseríos, palacios, castillos y metrópolis del infierno, lores, almas condenadas y entes cósmicos miraban la escena desde sus televisores.

Una de las cámaras hizo un *close up* mostrando que, para poner la cereza sobre el pastel, Melchor estaba empezando a hacerse pipí...

En ese momento fueron rápidamente a corte y pusieron las barras de colores. Antes de eso, sin embargo, un demonio tuvo la consideración de apagar el televisor desde donde el padre de Melchor veía la obra, con su flácido cuerpo empotrado en un instrumento de inexpresable tortura. El anciano hizo un gesto de disgusto:

—Siempre fue un pendejo.

Mientras tanto, en el anfiteatro, el público estaba en un predicamento. Los murmullos empezaban a hacerse más audibles y ya estaban rompiendo el inquisidor silencio. Se parecía de hecho al ruido que hace la gente luego de ver una obra, saliendo ordenadamente del teatro. Todos al unísono esperaban que tal vez eso fuera desplazando, con la mayor dignidad posible, el final...

—¡Ah, sí! —exclamó Melchor—. ¡Ya lo he recordado!

Varias miles de cabezas giraron de vuelta al escenario.

Pero entonces, enloquecido dentro de sí mismo, el nigromante volvió a dudar y a bajar la cabeza, con una semisonrisa demencial y estúpida, y los dedos cerca de los labios, sintiéndose cada vez más cerca de la frase...

EL HOMBRE SEGUÍA AHÍ, CON LOS BRAZOS EN ALTO. EL PÚBLICO PERMANECÍA EN UN SILENCIO ESPESO, TENSO Y EXPECTANTE... LA BOCA DE MELCHOR SE ABRIÓ EN UNA GRIETA DE INCONMENSURABLE PAVOR, DEL QUE SOLO SALIÓ UN GEMIDO PATÉTICO Y BAJO. EMPEZARON LOS MURMULLOS...



SINTIÓ UNA BOMBA NUCLEAR DE EMOCIONES VINIENDO DESDE DETRÁS DE LA CORTINA. Y AQUELLO NO ERA NADA EN COMPARACIÓN A ARTANIS, CUYO ROSTRO PASABA DEL BELLO ÉLFICO A CONVERTIRSE EN UNA EXPRESIÓN DESFIGURADA Y MONSTRUOSA DE INCREDLIDAD, ODO, TERROR.

...

SEGUÍA BUSCANDO DESESPERADAMENTE LA INFORMACIÓN EN EL DISCO DURO DE SU MENTE, PERO ENTONCES SE LE VINÓ A LA CABEZA, COMO POR AZARES TRISTES DEL DESTINO, QUE ÉL JAMÁS FUE BUENO RECORDANDO LAS COSAS DE ESE MODO, FORZÁNDOLAS. ESTABA PERDIDO.





Y quizá lo hubiera logrado eventualmente, de no ser porque Artanis, el elfo oscuro, enloqueció total, absoluta e irremediabilmente:

—Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il —chilló, a todo pulmón.

La pronunciación fue excelente, los tonos ideales, la exclamación simplemente inmejorable. Habría sido

perfecto, habría puesto el fin a la obra, habría puesto fin al reinado de Satanás y habría cerrado con broche de oro absolutamente todo de no ser porque, simplemente, era Melchor quien tenía que decirlo, no él...

La audiencia había escuchado al elfo perfectamente. Y la audiencia también había entendido, de paso, qué significaban aquellas palabras. Primero vinieron las aterradoras exclamaciones de sorpresa, después el grito de miles poniéndose de pie, intempestivamente.

—Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il, Behla'e', áak'abil maak, p'aten x'ma muuk'il —repetía demencialmente, llorando, escupiendo la cara del nigromante, quien lo miraba sorprendido.

Y ya era demasiado tarde.

Melchor enmudeció, pero esta vez no porque su memoria lo traicionara, sino por un poder superior que le quitó automáticamente el habla. Artanis no fue tan afortunado: recibió un ataque contra el cual ni él ni cualquier otro elfo oscuro, independientemente de su poder, habría podido defenderse. Estaba muy, muy fuera de su liga; los ojos esmeralda saltaron de sus cavidades, sus huesos se desbarataron, su cuerpo se desinfló y antes de que sus restos cayeran al suelo como un harapo viejo que alguna vez fue algo vivo, su alma se desintegró.

Todos los demonios del cuerpo regente del infierno se levantaron de sus tronos. No cabía duda de que estaban furiosos y quien había despachado al elfo no daba signos de darse por satisfecho con aquella primera demostración...

El suelo comenzó a temblar. El anfiteatro se caía lentamente a pedazos. El escenario fue separado en dos por un terremoto. Las cortinas, tan grandes como edificios, empezaron a quemarse, y los gritos y gemidos de horror de todos los actores se levantaron como la tragedia más grande del universo, víctimas de algún castigo de dolor imposible que ocurría allá, tras bastidores. Melchor no lograba pensar correctamente,

por lo que era apropiado decir que su limitado cerebro se hallaba más allá del miedo. Era una simple nada piadosa. Miraba estúpidamente a las cortinas en llamas, desde el suelo.

Empezaron los relámpagos y el rugido de una brisa huracanada.

Los miles de espectadores no tenían nada que ver con aquello y ciertamente por ello no serían castigados, pero eso no quería decir que no sintieran el más grande, irracional pavor. Ellos eran demonios y seres oscuros, entes y entidades, y podían sentir el poder que se desataba desde el área más privilegiada de las tribunas. Poder obscuro, poder puro. Y eso que Satanás todavía no empezaba. Él seguía sentado...

Ptelehpte aullaba, solo lograba conjurar berridos patéticos, abriéndose paso a trompadas entre la multitud, intentando estúpidamente escapar a lo inevitable. Cuando fue alcanzado hubo un coro de gritos. No es posible describir lo que le ocurrió. Era inenarrable. Lo mismo con todos y cada uno de sus cómplices, uno por uno.

Melchor abrazaba sus propias rodillas meciéndose, mirando de un costado a otro. En este estado era menos que un niño. Tenía noción de qué había pasado, pero al mismo tiempo no comprendía qué sucedía a su alrededor, salvo que debía ser algo muy malo. Sus cabellos canos se alborotaban en el aire.

Y fue entonces cuando vio un resplandor muy fuerte y muy fugaz, y perdió el conocimiento.



13

Abrío un ojo. Escombros, fuego y cenizas. Olor a carne quemada. Gemidos que provenían de gargantas que solo expresaban pesar, un dolor infinito y la ausencia absoluta de toda esperanza. Fue esto último lo que le dio náuseas y ganas de gritar.

Todo parecía inmerso en un túnel blanco y naranja, pulsante y vivo, tormentoso y crepitante que giraba sobre sí mismo. El cielo, los alrededores... Todo había cambiado.

Intentó levantarse. No tenía energías para ello. Apenas si logró sentarse y frotarse la cara, quejándose.

Fue entonces que lo vio por entre los dedos, al Rey, Satanás, de pie ante él.

—Oh, Dios... —*consiguió gemir.*

Reparó inmediatamente en su clásico error y simplemente sintió que quería hacer algo indescriptible que no sabía si existía realmente pero que iba entre las líneas de "solo quiero desaparecer".

—Oh, oh, no... Oh, no —*gimió Melchor, en el cénit de su fin.*

Sintió la respiración suave del Señor Absoluto.

Quizá era una forma de decirle a Melchor que guardara silencio, pues ÉL se iba a dirigir a "mí". Satanás le hablaba en un idioma íntimo y humano que controlaba mejor que cualquier dramaturgo que jamás haya vivido.

—Oye, tú...

El hombre cubrió su cabeza.

—Tú —*le espetó, con una voz profunda, majestuosa y hermosa*—. ¿Te había reclutado Ptelehpte? ¿No es así?

Aun cuando sabía que en aquella forma no le haría daño mirarlo, Melchor no se atrevía a verlo a la cara. Solo veía una cola de león que se movía lenta y sensualmente tras unas largas piernas envueltas en una túnica elegante.

—Sí.

—Y eras TÚ quien iba a dar el golpe final, ¿cierto, Melchor?





El nigromante se encogió con trágica resignación.

—Y sí...

Sentía que la mirada de Satanás lo iba a partir en dos. Probablemente más que sentir, aquello se convertiría en un hecho.

—¿Sabes qué? —preguntó suavemente el Rey, con coquetería cruel.

El nigromante solo hizo lo que podía: encogerse

más.

—Estoy más enojado contigo que con cualquiera de los demás. Mucho más.

Melchor suspiró como una criatura. Figuras oscuras, todas del Régimen Infernal, lo miraban muy por detrás de su Señor.

—Te maldigo, Melchor.

Dejó de respirar por voluntad propia, esperando el hacha de la sentencia.

—Te puedes ir a tu casa. Lárgate.

Estuvo cerca de levantar la cabeza para verlo, pero ni siquiera la fugaz felicidad fue suficiente para olvidársele el irascible, místico, instintivo terror hacia ÉL. No le impidió, sin embargo, sonreír como un niño.

—No te estoy perdonando —*le refregó, detectando instantáneamente los sentimientos de Melchor*—. Te estoy castigando de la peor manera que se me ocurre: dejarte seguir viviendo en tus zapatos.

Nunca lo supo porque no se atrevió a verlo, pero Satanás arrugó el rostro con asco.

—Te maldigo. Sigue viviendo esa vida y sigue siendo tú mismo. Peor aún: te ordeno que te vayas por donde viniste y quedarte allá de donde vienes. ¡Toma eso, pobre infeliz!







14

Palermo, Buenos Aires.
6:00 p.m. Verano.

Habían pasado dos largos años. Melchor de vez en cuando se acordaba de subir la mirada del *Selecciones* que andaba leyendo para mirar con desprecio a la gente, dentro de su kiosco.

Su barba era de dos días, su pelo igual de largo que la última vez (salvo que una pequeña calva empezaba a originársele desde la parte de atrás de la cabeza). La U invertida a los lados de su nariz era más profunda que nunca.

A un costado, sobre un libro viejo, se hallaba el té de mate más asqueroso de la historia. Melchor lo bebía de vez en cuando, con una expresión legendaria de mal humor.

No hacía falta que Erasmo se lo comunicara (no habían hablado desde aquella última vez en el infierno, de hecho, su maestro había procurado evitar absolutamente toda comunicación con él o cualquier otra cosa que implicaba que él y Melchor siquiera se conocían), pero era obvio que lo poco que había

conseguido obtener del infierno (una casita y dos putas) se había esfumado por siempre. Él podía sentirlo. No hacía falta nigromancia para saberlo.

Hablando de nigromancia: Melchor se había quedado sin poderes. No insistió con más rituales, ni oraciones, ni hechizos. Sabía muy bien lo que había pasado. Ahora era un hombre más. Lo único que había quedado era el recuerdo.

Se acercó un matrimonio muy joven. La mujer, que era bien linda, se quedó a un costado. No le agradaba Melchor. El marido tampoco confiaba en él, pero lo miraba con cierta lástima, resuelto a cobrar un favor...

—Vamos a regresar por él más tarde, en la noche, ¿sí? —*musitó, con pasividad*—. Por favor, cuídalo. Si quieres átaló a la reja, pero preferiría que lo tuvieras dentro del kiosco contigo.

Melchor lo miró con los ojos entrecerrados. El hombre bajó la cabeza y asintió, encogiéndose de hombros.

Le había dejado a un perro Rottweiler bastante obeso, que la familia había adoptado un día cuando lo encontraron abandonado en una esquina, bastante esmirriado y flaco entonces, con una aparente, casi nula capacidad de sobrevivir como cualquier otro ejemplar de su especie.

Como ya era costumbre, Melchor y el animal intercambiaron miradas de odio. A veces, le parecía que era capaz de pensar como una persona...

Melchor tenía un fugaz presentimiento. La adivinación se le daba bien. Los poderes nigromantes eran una cosa, pero las premoniciones eran otra; se trataba de un poder que el ser humano heredaba y eso no se lo podía quitar nadie. Le daba la impresión de que ese matrimonio, que se alejaba abrazado por la vereda, iba a terminar mal. Intuía que podría ser un accidente, un robo violento o algo por el estilo...

Nunca se le cruzó por la cabeza decirles que tuvieran cuidado. No por maldad premeditada sino por maldad intrínseca. Melchor era así...

El animal se recostó y él pasó una página. Levantó los ojos para mirar una limosina con escolta que pasaba por la calle. De algún político, quizá. Pobres pendejos (pensaba siempre), tenían poder, pero era poder efímero y ninguno, absolutamente ninguno de ellos llegaría a ver jamás las cosas que él había visto. Al menos no mientras estuvieran con vida. Después de ella, sin embargo, irían con toda seguridad al mismo lugar que solo él tuvo el privilegio de visitar en vida.

El atardecer no tardó mucho en llegar. Giró la cabeza para ver la puesta de sol entre las inmensas torres de Palermo, con los misteriosos colores rojos y naranjas del cielo veraniego, y una brisa cálida que acarició su rostro como si fuera tanto el recuerdo y el saludo de un mundo lejano.

*Este libro se empezó a
escribir el domingo 13 de
noviembre de 2011 y se
terminó el jueves 23 de
mayo de 2013.*

Acerca del autor



ÁNGEL DAVID REVILLA (mejor conocido como "Dross" o "DrossRotzank") nació el 16 de julio de 1982 en Caracas, Venezuela. Su carrera en Internet ha sido larguísima. Pero todo empezó con su blog, "El Diario de Dross", que se hizo muy, muy popular entre internautas del mundo hispanoparlante. Ahí descubrimos por confesión propia que, desde niño, su gran pasión ha sido escribir. ¡Y así lo hizo! En 2005, con veinticinco años, terminó su primer libro que, finalmente (como él prometió durante tanto tiempo), vio la luz en 2015: *Luna de Plutón*. El primero de muchos que revelan un poco del metaverso de Dross, que deslumbró al mundo hispanoparlante de sobremanera y ya se ha convertido en un verdadero

bestseller. Ahora nos deja atónitos con una historia de terror y humor negro como solo él puede contar. Pura fantasía Dross, para aturdir los sentidos de quien se atreva a leerlo y tenga el coraje de compartirlo.

Obra editada en colaboración con Grupo Editorial Planeta S.A.I.C – Argentina

Diseño de portada: Juan Ventura

Ilustraciones de interior y portada creadas para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

por María Fernanda Tricca

Diseño de interior: Paul Vinuesa

© 2016, Ángel David Revilla

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. – Buenos Aires, Argentina

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TEMAS DE HOY M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en Argentina: abril de 2016

ISBN: 978-950-730-103-2

Primera edición impresa en México: abril de 2016

ISBN: 978-607-07-3385-7

Primera edición en formato epub: abril de 2016

ISBN: 978-607-07-3381-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal)

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva
forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de
Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

[Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com)



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE